

Textos sobre nuevas practicas políticas en América Latina

Documentos para la discusión. En esta página incluimos una selección de textos diversos : ensayos, reportajes, notas periodísticas que contienen reflexiones sobre los procesos asamblearios.

Esperamos opiniones y otros aportes teóricos.

[Horacio Gonzalez: Oratoria bajo las araucarias](#) y [Reportaje](#) (Pagina 12)

[Juan José Sebreli \(pagina 12\)](#)

[Eduardo Pavlovsky. Los nuevos sujetos sociales \(pagina 12\)](#)

[León Rozichtner: El lugar de la resistencia \(pagina 12\)](#)

[Modesto Emilio Guerrero. Asambleas Populares \(Revista Herramiento\)](#)

[José Pablo Feinman. Filosofía de la Asamblea Popular](#)

[Reportaje a John Holloway. ¿Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder?](#)

(Revista Situacion)

[R. Zibechi La creatividad social y los burócratas del orden -](#) (fuente: alai-amlatina)

[Ruben Dri. La Revolución de las Asambleas.](#) Fuente. Retruco

[Horacio González](#)

Oratoria bajo las araucarias

Pido la palabra, se abre la lista de oradores, moción de orden! Nunca como en las últimas semanas, el antiguo género de las asambleas, el de Marat, Jaurès o De la Torre, se ha desplegado fuera de sus ámbitos naturales. ¿Cuáles eran éstos? El parlamento, los sindicatos, las universidades, los centros políticos, las cámaras de todo tipo, incluso empresariales. Ahora están en las plazas, en las intersecciones de calles, llevan nombres de barrios. Miradas a metros de distancia, debajo de árboles añosos o en círculos repantigados sobre la hierba, entregan la imagen de un recomienzo de lo político, de una refundación del vivir colectivo. Son el movimiento de democratización del existir común más importante de la historia contemporánea argentina.

Por eso sus responsabilidades son enormes. Escuchamos bajo araucarias y eucaliptos el eco de la clásica forma del "consejo", evocativa de la más profunda fusión de democracia, justicia y sociedad. Las asambleas barriales surgen del eclipse de las instituciones que funcionan con lógicas asamblearias –como el parlamento– y a las que les fue retirada la creencia "pro tempore" que avalaba su representación. Pero no reemplazan la representación caída. Su mera existencia señala cómo pueden restituirse los términos genuinos de la representación social. Pero no pueden reabsorber en sí mismas todas las soberanías públicas menoscabadas. Sólo podrían hacerlo volviendo a la estación anterior, recreando un parlamento surgido del voto popular. Quizás ése sea su sentido. Pero ahora no lo sabemos y la garantía de su vitalidad es incluso no saberlo.

Las asambleas cometerían un error si creyeran que reasumen toda la representación social disponible. Esta representación no es una cantidad fija "tirada en la calle". Es algo a crear debatiendo problemas específicos y generales. Nunca una representación es total, pues si no tiene un exterior que le escapa, quedaría ritualizada en totalidades fundamentales pero abstractas. Creer que pueden contener toda la soberanía social es, a la inversa, debilitar su fuerza específica. Otro dilema que atravesarán es el modo de uso de la palabra. Los cerrojos discursivos aplicados a través de un exceso de mociones de orden, las llevarían a encarnizarse en procedimientos que acaban dejando

la palabra en mano de los más avezados. Una saturación ritual, también las desluce. Ellas son ceremonias fundadoras, delicadas criaturas. Es menester cuidarlas.

* Sociólogo y ensayista de textos literarios y filosóficos. Autor de *La ética picaresca*, *Arlt*, *política y locura* y *El filósofo cesante*, entre otras obras.

[Volver](#)

Reportaje a Horacio Gonzáles sobre el proceso asambleario

Cacerolas, multitud, pueblo ¿Qué está pasando? El editor de "El Ojo Mocho", autor de varios libros sobre nuestra cultura política, reflexiona sobre sujetos, multitudes y pueblo, desde las teorías internacionales y lo que él llama "los folios argentinos".

–Un reportaje al filósofo Paolo Virno en donde éste analiza como fuerza política fundante a la multitud que integra los cacerolazos argentinos generó una serie de intervenciones polémicas, ¿cuál es su posición?

–Me pareció interesante el concepto de "multitud" que no puede dejar de pensarse junto al de "pueblo". Hay un interlineado en pueblo-multitud. Acepto la idea de que hay, como se dice, un poder constituyente que está latente en la multitud pero al que la multitud le presenta sus propios obstáculos. Es un concepto de una nueva iniciación política. A eso tenemos que pasarlo por el cedazo de la tradición popular argentina. Por lo tanto el concepto de masa y de clase también tienen que aparecer. Cuando uno habla de multitud, espero que no se entienda como una fácil concesión bibliográfica a una última lectura a la Toni Negri. A mí me interesa este hombre italiano, aunque tanto él como Agamben y Virno –de éste me entero recién ahora que existe, siempre se está conociendo gente– me resultan algo así como la fatalidad de lectura de un profesor argentino un tanto errabundo. Pero no me inspiro en ellos para hablar de multitud o de hombre sacrificial, sino en la experiencia y en los anaqueles nacionales, en los folios argentinos, digamos así, donde incluso un hombre de las clases aristocráticas como José María Ramos Mejía demostró que se podía usar el concepto de multitud como sinónimo o síntoma de emancipación, y no a la manera asustadiza de su maestro Le Bon, que las veía en nombre del temor a la revuelta.

–Su Ramos Mejía no hablaba de "multitud" sino de "multitudes" y las asociaba a una hembra fácil, seducible por cualquier tiranía.

–Por supuesto, es mejor hablar de multitudes y no de multitud, usando un cauteloso plural. Así se puede señalar el carácter volátil y al mismo tiempo enérgico de estas formas excitables de la conciencia pública. No sustituyen al pueblo, ni dejan en el desván de las antiguallas a las clases sociales. Al contrario, son como el marcador de un libro que nos gusta, que corta inquieto los distintos capítulos e indican que la lectura tiene momentos de detención, crispación y avance. Son una aguja sensible de los pensamientos sobre la historia y la justicia. Y también una advertencia a los abstractos poderes técnicos, bélicos y financieros que muestran su rostro imperial. Frente a él las multitudes son la angustia del desposeído y del indefenso, contada a partir de la pedagogía incierta pero efectiva de un individuo ampliado. Ramos Mejía asocia el concepto de inconsciente colectivo de Le Bon al tema maquiaveliano de la mujer deseante como primer umbral del pensamiento de la multitud. Mujer fogosa, ardiente y veleidosa, llega a decir Ramos Mejía, que ve a la multitud entre la profecía emancipadora y los nuevas moléculas y ácidos descubiertos

por los biólogos. Estos temas tan equívocos recorrerían todo el siglo veinte y darían fundamento a la idea de la política como seducción, que tiene una interpretación autoritaria y otra libertaria. Pero el concepto de multitud, antes que nada, es una forma de problematizar la razón, las pasiones políticas, la primera emotividad del que sale a la plaza pública. Si uno lee "La luna roja" de Arlt puede percibir de qué modo se puede utilizar el concepto de multitud temerosa, castigada y a la vez esperanzada. ¿La multitud sale a la calle sólo por resguardo de intereses inmediatos? Puede ser así, sobre todo en el caso del pequeño ahorrista, que entre otras cosas, lo que ahorra es su "yo colectivo", establece un principio de ahorro respecto a lo que por ser de incumbencia colectiva, no lo rozaría. La cacerola incluso podría ser el símbolo de que aún en la calle deseamos la pronta reclusión en el ámbito doméstico. –O una cristalización de esa feminidad peligrosa que leía en las multitudes Ramos Mejía. La cacerola es uno de los alias del sexo femenino. Eso también parecería indicar un cambio en este movimiento. El "pueblo" abusa de los cantos pletóricos de genitales masculinos.

–Vamos, que hasta ahora la conversación tenía su nivel. Mi amigo Nicolás Casullo se equivoca en la nota que leí hace unas semanas en Página/12 y en un reportaje que leí en La Capital de Rosario, cuando cree que describiendo con sorna la historia cultural de la clase media argentina con sus hábitos alimentarios, sexuales y bancarios (que vendrían a ser lo mismo), se puede desmerecer una de las experiencias prácticas más importantes de las últimas décadas de historia política argentina. Hay en este ensayo de estigmatizar a una genérica "clase media" –claro que descripta por Nicolás con la argucia del buen novelista que la ve enamorada de la salsa golf y del viaje tilingo a Miami– un cierto tilde aristocrático.

–¿En qué sentido?

–En el sentido de que el aristócrata nunca ve con buenos ojos la defensa obstinada del mundillo inmediato de los intereses directos. Y es cierto. Cuando vemos a los hombres de los sectores medios (y este concepto es mucho más un concepto cultural referido a símbolos de conocimiento que una posición de clase) salir a defender lo suyo, se presenta una escena de temor. Es el temor por la pérdida que señala el horizonte angosto de la propiedad privada. Simbolizada por la cuenta bancaria y su secreto de Polichinela. Mientras el filisteo pequeño burgués existiría cuando se vuelca sin rubor a decir esto es mío, no me indexen la cuota del Duna rojo, el aristócrata es el que se moriría de vergüenza si lo descubren defendiendo su corazón íntimo de propietario. El no tiene propiedades, sólo tiene el honor paradójico de dejar anular porciones de su honor de propietario, para espiritualizarse sin problemas. Incluso dejando que su crítica al infortunado burgués, al que con desprecio llama clasemediero, (¿eso qué es? ¿qué concepto es éste, sacado de una fábrica de calcetines?), se confunda por un nuevo amor neopiquetero y hasta con ademanes o toques elegantes de reperonización. ¡Qué horror defender un depósito bancario! Nicolás es muy baudelaireano cuando muestra su sarcasmo contra estos pobres hombres ahorristas, puestos bajo la lupa ácida del crítico cultural. Pero su prosa punzante, con una gracia que me apresuro afestear, nos quiere dar a pensar que abandonó al poeta francés en nombre de las legendarias masas sudorosas de Avellaneda. No lo creo. Se pierde la posibilidad, sin duda más plebeya, de considerar la novedad de lo que está ocurriendo. Y todo por criticar, con razón, a una de las tantas modas intelectuales que desembarcan

periódicamente. Eso lo lleva a desaprovechar lo que él mismo expone con mucha precisión, que es el ineludible suelo de historia nacional que tiene todo esto y que en última instancia permite nuestras interpretaciones y este debate.

–El que usted considera "desembarcado" Virno liga el pueblo con la demanda al Estado y a la multitud como algo sin dirección, puro presente, la amistad en fuga.

–El pueblo tiene una forma donde se expresa en la multitud y la multitud tiene un rostro de pueblo. Me parece que tendríamos que pensar en una suerte de consonancia donde haya que construir una revalidación de la tradición dialéctica. Porque lo que hay en Toni Negri, por ejemplo, es un rechazo de esa tradición, basándose en la idea de un materialismo del acontecimiento que no veo adecuado a la historia argentina. El problema es si sigue habiendo historia argentina. ¿Sigue habiendo historia argentina? Es decir una cierta historia que se sostiene en un acotamiento a la historia universal. Yo creo que tiene que seguir habiéndola, algo inglobalizable que garantiza pensar mejor el mundo entero.

–Daniel Link escucha la palabra "Caseros" en "cacerolazo".

–Justamente es eso lo que está en juego. Porque me parece que ahora no podemos hablar de multitud sin revisar la fuerte presencia de este concepto en nuestra historia cultural. Entre nosotros no puede ser una lectura de último momento, sacada de algún anaquel recién llegado. Si existe una historia argentina es interesante que la idea de multitud dialogue con la idea de pueblo. Y que ese diálogo consiga agitar nuevamente la tradición dialéctica. De la confrontación, de la presencia de uno cuando el otro tiene una especie de ausencia llamativa, enigmática.

–¿Por qué relaciona a la multitud con algo que llama "iniciación política"?

–Porque el pueblo no es una iniciación política. El pueblo siempre está iniciado y es una categoría ya conquistada. Este dilema es lo que ha sido cuestionado. La idea de pueblo fue muy castigada en los últimos años en nombre de relaciones carentes de fijeza. Porque pensar a partir de un sujeto ya constituido, se supone que quita la libertad de la reconstitución del sujeto. Pueblo, Clase y Nación se decía que estaban constituidos en una subjetividad ya declarada que originaba una historia en forma de destino desde un punto de vista considerado esencialista y sustancialista. De ahí que el concepto de multitud mantuviera una idea de vivacidad, de presente y de creatividad permanentes.

–¿Eso le daba un valor negativo?

–Si fuera negativa hubiera sido dialéctica. Incluye sacar de circulación que la historia tiene un sentido y que hay un sujeto capaz de definirlo: formula una especie de retirada de todos los finalismos de la historia. En ese sentido es un gran desafío a la tradición de Hegel y Marx, y el más grande intento de reescribir la historia del siglo XIX. Sacarse de encima a Hegel y Marx es atacar la idea de sentido de la historia, pero la cuestión es ver cómo el pueblo se rehace interrogado por la multitud.

–Alejandro Kaufman, en un reportaje que le hizo este diario, hablaba de damnificados en lugar de oprimidos.

–La multitud no tiene proyección de conciencia, mientras que la dialéctica sigue el modelo que llamaría Potemkin. Marineros en un acorazado se rebelan primero porque la comida es mala, o sea partiendo de una primera sensibilidad de damnificados. El damnificado tiene una conciencia pobre de la historia. La

dialéctica es una esperanza de que la gente comprenda mejor en el futuro. La multitud no tiene esa cuerda hacia el futuro. Ocupa el lugar de la paradoja. Ahora, sólo con paradojas también nos quedamos sin historia argentina. La multitud no sabe si el divino ahorrista está en condiciones de cargar a sus espaldas una historia mayor o de sólo actuar en base a intereses personales. Porque la política exige superar la inmediatez del interés personal. Y la multitud de ahorristas siempre deja la sospecha de que no la supera. Pero basta verlos en la ciudad, en la Avenida de Mayo frente al Tortoní para darse cuenta de que siempre está en la inminencia de superar la inmediatez del interés personal. El "Que se vayan" es muy interesante porque no deja alternativa. La multitud piensa sobre la base del abismo. El pueblo, en cambio, lo hace sobre la base de una elaboración de la cual existen antecedentes. La multitud no tiene antecedentes. Pero sí la esperanza de un momento posterior al cual concurre aprendiendo de los logros del acontecimiento anterior.

—Los del cacerolazo no asocian lo que los oprime a los tres chicos muertos en la estación de servicio.

—Lo que sucedió en la estación de servicio fue aciago y sorprendente. Los jóvenes estaban haciendo comentarios mientras veían por televisión lo que había ocurrido en el cacerolazo. Representaron ahí el teatro del cacerolazo. Cuando dijeron que estaba bien pegarle a la policía, uno de sus integrantes representó más allá de lo concebible el papel de represor. Mató al espectador en una obra de teatro. No estoy seguro de que los caceroleros no se reconozcan en ese acontecimiento. Es cierto que hay piqueteros que también aceptan asociarse a los caceroleros. Pero los caceroleros no han hablado todavía de los piqueteros y cuando lo hagan todos estaremos más cerca de la historia nacional.

—¿De qué modo?

—A través del grito "Argentina, Argentina". Abstractamente están dentro de la historia nacional. Quiero decir: los piqueteros que concretamente son los restos de la clase obrera argentina y que están en la historia nacional, no necesitan pensarla y los caceroleros que están apelando a la idea de Argentina desde el cajero automático hacen de la idea de historia nacional una idea abstracta. Haría falta que la historia nacional se convierta en una historia concreta en los caceroleros y que los que pertenecen desde ya a la historia nacional que son los piqueteros, adquieran una idea de ciudad y movilización que impacte sobre la memoria entera de la sociedad argentina.

—¿Usted tiene esperanza de que eso vaya sucediendo?

—Había una gran diferencia en el primer cacerolazo con las multitudes del peronismo. No había, como decía Nicolás Rosa, el "pathos del final". ¿Cómo podía terminar eso? Sin duda estaba presente la caída del gobierno. Pero ¿cuándo se iba a ir la gente? ¿A las cuatro, a las cinco de la mañana? De la Casa de Gobierno no podía salir nadie. Entonces de la Casa de Gobierno salieron gases lacrimógenos. En el peronismo alguien salía de la Casa de Gobierno. Indicaba como era la desconcentración. Acá hubo más bien fuga, no desconcentración.

—Kaufman decía también que la multitud es mansa y que en este caso huía cuando se enrarecía el ambiente.

—Es mansa pero con un lugar de violencia interna muy fuerte. Porque llenar la Plaza de Mayo a las dos de la mañana es uno de los efectos más violentos de la historia política argentina. No puede no ser violento. Ahora insisto ¿Cómo

podía terminar? Porque no había nadie que representara al Estado. No había Estado. El Estado era un símbolo vacío, un gas. Me pareció fascinante porque yo tenía la experiencia en el inconsciente de la historia nacional donde siempre alguien salía al balcón. Y como acá no había posibilidad de que alguien saliera al balcón tenía que terminar como terminó: con gases lacrimógenos, corridas, tiros. Si no ¿qué iba a pasar? ¿La gente se iba a poner a acampar? ¿Iba a dormir varias noches en la plaza? También se planteaba el problema ¿de quién es la plaza? Y la plaza en realidad no está siendo de nadie como la calle está siendo de esta manera de la multitud. Yo creo que esto separa por primera vez la idea de pueblo y la de peronismo. El peronismo tuvo la calle y el hecho desesperado de poner mil personas en el Congreso, y tirar piedras contra la izquierda indica que ya no la tiene. Pero no se puede decir que éste no sea el pueblo. Claro que es el pueblo bajo la idea de una multitud que surge en problemas con los bancos, de una ristra de damnificados, de afectados por una situación. La ciudad, la calle, el grito de Argentina, el que no pueda hablar nadie en nombre de una unidad política son todas situaciones abismales. Algo tiene que ocurrir porque la política no puede existir de esa forma. La multitud no puede ser más intensamente política y al mismo tiempo no aceptar consignas políticas.

–Virno había evocado en el cacerolazo argentino a la Comuna de París.

–Yo creo que se cae de maduro pensar sobre Comuna de París. En primer lugar por el fuego. Porque la Comuna de París, cuando se retiraba, incendió, dejó una marca fuerte de abominación en la ciudad. Durante tres meses gobernó París, después quemó Las Tullerías, el Hotel de Ville. Decir multitud a la Comuna de París es muy provocativo porque la Comuna de París eran 200.000 hombres en armas. Fue la obra de proudhonianos, socialistas moderados, socialistas frenéticos, jacobinos nostálgicos y por supuesto blanquistas. Estos eran formidables conspiradores, seguidores de August Blanqui que luego se transformaría en un héroe místico de Walter Benjamin y también le interesaría a Borges por la idea del tiempo circular. Tenían también un toque republicano garibaldino y esencialmente era el pueblo de París en armas, enrolado en la Guardia Nacional comandada por un ingenuo biólogo como Flourens o grandes aventureros libertarios polacos como Dombrowsky. El propio Nietzsche la contempla a la distancia, enrolado, creo, en un batallón Bávaro o de la Baja Sajonia –pues al mismo tiempo los alemanes sitiaban París– y no mucho después hace una escéptica alusión a ella en Así hablaba Zaratustra. Desde Londres Marx se agarraba la cabeza ante tantas fascinantes quimeras y poéticas de la historia, apoyadas en un ejército de doscientos mil hombres que sin embargo no atinaba a definir una política que para él fuera razonable. El rastro de la Comuna, con su leyenda deslumbrante, recorre todo el pensamiento político de las décadas siguientes. Por supuesto Gustav Le Bon la consideraba un peligro y a las multitudes amenazadoras las ve surgir de allí. El argentino Ramos Mejía también la condena y compara la Mazorca de Juan Manuel de Rosas con la Comuna de París, todo lo cual le evocaba "la locura en la historia" sin notar que Rosas, exiliado en Southampton, también veía a la Comuna como el "acabóse" y llamaba contra ella a levantar un gobierno mundial del Orden encabezado por el Papa, o algo así. En cambio Lugones e Ingenieros, jovenzuelos ambos, retoman treinta años después los motivos de la Comuna en sus primeras publicaciones y reviven su mito antes que su teoría. Al revés, esto último es lo que décadas después haría

Lenin. A mí me parece que el tema de la Comuna de París es el tema del pueblo francés. Actúa como multitud pero es el pueblo francés. No hay ningún pueblo que no pueda actuar revisando motivos anteriores. En la Argentina el capítulo anterior: el Cabildo, el yrigoyenismo, el peronismo han de ser revisados.

—¿Esta multitud pensó en aquel cabildo?

—Si salió con bandera argentina sí.

—¿Incluso una señora de consorcio?

—Es que la bandera argentina inmaculada no pudo ser inmaculada nunca.

Surge de un oscuro trato con la existencia. Los ahorros en el banco, el crédito hipotecario. La bandera no surge de otro lado. Es un intento de redimir y ennoblecer el aspecto oscuro de la vida. El Cabildo, la Plaza de Mayo, los puentes del Riachuelo, la consabida ciudad de Junín, son las palabras o los iconos que corresponden a nuestro diccionario de multitudes, que es un concepto de la poética política popular que significa un umbral de emotividad para la acción pública y de reconstitución de una democracia en las vidas personales y colectivas. Se sale de casa como ahorrista y a las veinte cuadras ya hay disponibilidad colectiva, ya los "ahorros" se invirtieron en un cuerpo social nuevo que no "ahorra" inventiva social. Y todo esto más allá de la conciencia literal de cada cacero. Porque veo un defecto de literalidad cuando se interpreta en términos de la "clase media" la penuria del tendero que se quedó sin crédito y no de una promesa de frente social más amplio. Y la Argentina está en las vísperas de una nueva composición y amalgama social popular, para decirlo con nombres territoriales, entre La Matanza y Floresta, entre Villa Dominico y Villa del Parque, entre Camino Centenario y Parque Centenario, entre Avellaneda y Parque Lezama, estos dos últimos barrios también unidos por la historia del poeta Perlongher. Por eso habría que ser menos literal y por supuesto menos agrio, a pesar de la bien humorada sátira contra la petit bourgeoisie. Menos agrio y hostil con lo que se escucha en la calle, esa banda de sonido, el espeso tic toc de la cuchara sobre la cacerola, aunque sean voces propias de la ira del plazo fijo decomisado. Hay que percibir una nueva relación de la ciudad con los cuerpos y con las ideas en esas expansiones, que tienen un hondo contenido de justicia y dignidad nacional. Entre paréntesis, aunque esto no sea para poner, le recomendaría a Nicolás que relea Las luchas de clases en Francia de Marx. Describiendo un caso similar de incautación de depósitos en la Francia de 1848, Marx consigue ser mucho más condescendiente que Nicolás con los pequeños rentistas de París, a los que percibe en medio de un gran drama histórico. Uno desconfía del cacero si acepta una sociología política clásica que consiste en inscribir a los caceros en su clase social. Eso es un primer impulso del pensamiento que está en todos lados: en el periodismo, en la universidad, en la familia. No pensaría a la clase media al estilo Sebrelli. Y lo digo con cariño por Sebrelli, que expone un conjunto de pensamientos que pertenecen a la sociología tradicional. Yo escuché que la CNN lo presentaba como un sociólogo a Sebrelli y aparecía leyendo un libro que era La tercera Vía, de Giddens. Decía que la clase media se equivoca si cree que golpea al Gobierno, ella es el adorno de algo que deciden otros. Es fuerte decir eso: es lo contrario a la idea de multitud que crea situaciones nuevas. Casullo retoma una especie de desconfianza hacia la clase media de los ambientes bohemios de los años sesenta y Sebrelli retoma la sociología fuerte de esos mismos años donde rechaza la capacidad

crítica de la clase media. Yo discutiría con ambos porque a esta altura no creo que haya discusión más importante.

–Utilizan diferentes vajillas.

–Otra cosa es si uno acepta que hay gestos que preferiríamos considerar en su condición de signos sobre la ciudad y privarnos de hacer la traducción inmediata a la clase social y el barrio al que pertenecen. Si no tenemos la prudencia de dejar que el pensamiento vague en cuanto a los signos que producen historia, no hay más posibilidad que ver al cacerolazo como una rutina social irrelevante.

–Habría que dejar un silencio.

–Hacer silencio es comenzar a pensar de otra manera.

[Volver](#)

Juan José Sebreli

Las asambleas barriales, como los cacerolazos, son fenómenos ambiguos y contradictorios. Se entremezclan en ellos posiciones distintas e incompatibles. El ala más radicalizada de las asambleas pretende crear una forma de democracia directa. Pero la democracia directa sólo fue intentada, y aun parcialmente, en dos oportunidades muy excepcionales: la Revolución Rusa entre los meses de febrero y octubre de 1917, y en la Guerra Civil española durante seis meses en Cataluña. Fueron, por tanto, dos experiencias muy breves y fracasadas. Pensar que va a triunfar en una sociedad caótica como la Argentina, sin experiencia política y sin objetivos comunes, es un delirio. Las propuestas del ala moderada me parecen más sensatas y seguramente son las que van a predominar. Estas encaran reivindicaciones muy concretas, soluciones de problemas vecinales. También se proponen actividades educativas y culturales y en ese sentido es un retorno a las viejas sociedades barriales de comienzos de siglo XX creadas por anarquistas y socialistas y destinadas a la educación y concientización de las clases populares y las capas medias. Ese aspecto me parece muy positivo.

* Escritor y ensayista de temas políticos, sociales y filosóficos. Autor de El asedio a la modernidad, Los deseos originarios del peronismo, El vacilar de las cosas y Buenos Aires, vida cotidiana y alienación, entre otras

obras.

Buenos Aires-Argentina, febrero del 2002. Fuente página 12.

[Volver](#)

Por Leon Rozichtner *

El lugar de la resistencia

Para poder pensar las asambleas barriales en lo que éstas tienen de contenido novedoso, debemos previamente diferenciar la etapa histórica del tránsito del capitalismo keynesiano al neoliberalismo destructivo que estamos viviendo. Si ustedes quieren, pensar el lugar donde se organiza el poder de resistencia que ha pasado de las fábricas a los barrios.

¿Cómo entender esta transformación? Antes, en la época del capitalismo productivo, podía pensarse, como lo hacía Marx, que el lugar donde se elaboraba el enfrentamiento radical entre las clases explotadas era la fábrica y

el sindicato. La fábrica era el lugar donde se producía un nuevo colectivo al reunir en ella a los obreros para extraer su plusvalía. El sistema capitalista, con la paralización de las fábricas, era atacado en su propio fundamento que impedía, con las huelgas y la organización obrera, su funcionamiento. Ahora, en cambio, cuando las transformaciones del capital financiero han alcanzado a dominar a las naciones y apoderarse de todo su sistema productivo y de sus servicios, el campo de la expropiación se ha extendido hasta abarcar todos los aspectos de la vida cotidiana: su poder ha penetrado disolviendo las relaciones sociales, dispersando a la gente, haciendo que los intereses personales se conviertan en antagónicos con el poder social colectivo: ya la fábrica ha dejado de ser el único lugar donde el poder social de resistencia se engendra. El campo de expropiación se ha extendido desde la fábrica a la sociedad entera.

Ya no es sólo la clase trabajadora industrial la que puede detener el funcionamiento de esta máquina social que se ha convertido en infernal: es la sociedad toda la que está construyendo en su propio interior el único poder que la globalización requiere para enfrentarla: globalizar la resistencia dándole al vacío financiero mortífero el lleno de vida humana que le resiste. Ya no se trata sólo de que las fábricas se detengan, sino impedir que el país todo, convertido en una inmensa unidad productiva, dé renta, funcione, hasta tanto no se realicen los fines que la sociedad demanda. Los piqueteros que cortan rutas, los caceroleros que han invadido las calles señalan el comienzo de una nueva estrategia.

Las asambleas barriales son la puesta en acto de este movimiento que desde los barrios reconstituyen la unidad del tejido social para volver a encontrar las fuentes del poder político y de la soberanía que reside en ellos. La globalización disolvente de las geografías y de los cuerpos encuentra su exacta respuesta cuando se construye un poder colectivo nuevo desde el grano menudo de la materialidad social. Y desde la particularidad de cada barrio, conservando toda su riqueza, crear ese poder inédito que se extienda y que conglomere a toda la geografía patria en una situación histórica en la cual se está jugando nuestra supervivencia.

* Filósofo y ensayista. Autor de *La cosa y la cruz* y de *Mi Buenos Aires querido* junto a Ricardo Piglia. En la actualidad está escribiendo sobre racionalismo y cristianismo.

[Volver](#)

Por Eduardo Pavlovsky *

Nuevos sujetos sociales

El Dr. Bacqué (ex ministro de la Corte Suprema) manifestó en estos días que comprendía la protesta de los "cacerolazos" pero que éstos funcionaban por "fuera" del orden republicano. El Dr. Alfonsín criticó las movilizaciones de los ahorristas y a los que participan en los escraches. Definió a las asambleas populares como caóticas. Sugirió a diferentes sectores sociales a "autolimitarse" en los reclamos y mostró su enojo con los escraches que realizan los asambleístas.

"Aquí no se puede tolerar la sedición" (Página/12), como un intento del ex presidente de reclamar por el orden. Son palabras de reconocidas figuras de larga trayectoria en lo jurídico y en lo político. Las asambleas barriales –son el emblema– de la alteración de ese orden que defienden Bacqué y Alfonsín.

Pero conviene tener en cuenta que lo que se está cuestionando no es el orden –sino un tipo de orden–, una supra estructura jurídica-políticoideológica que hoy está en profunda crisis de representatividad. Ellos están caóticos. La justicia y los políticos. Están en crisis terminal. Es lo difícil de asimilar.

Si los "cacerolazos" y los piqueteros en las rutas y los ahorristas en los bancos expresan sólo la protesta genuina frente a este tipo de orden, las asambleas barriales son el intento, a través de la directa participación ciudadana, de crear un nuevo tipo de orden, un nuevo tipo de sujeto social que asoma como producción inédita en nuestro país.

Se califica de desorden todos aquellos "nuevos órdenes" que emergen como nuevos sujetos sociales. Las asambleas barriales son el emblema de este nuevo tipo de sujeto social que emerge como una nueva forma de organización. Profundamente democrática y con ideas. No es imposible imaginar que una nueva generación política se esté gestando en todo el país. Hay voces que se expresan en esas asambleas que traslucen ideas políticas a veces mucho más inteligentes que las ya tan conocidas, por lo repetitivas, de nuestros representantes políticos (y periodistas especializados) a quienes uno puede anticipar antes de que abran la boca. Hay ideas nuevas. Nuevas propuestas. Nuevos órdenes. Nuevos sujetos sociales en gestación. Insisto que lo que se ataca no es el orden. Sino ese tipo de orden ya carente de representatividad ciudadana. Aquí no hay vuelta atrás. Son tiempos difíciles. Como cuando el líder de MST brasileño le dijo a Lula: "Los votamos a ustedes, pero el tiempo de ustedes es el electoral y el tiempo nuestro es el de la toma de los latifundios". Hoy no sé si los votaría. Cuando se altera el orden establecido de las democracias parlamentarias latinoamericanas que han sabido producir la mayor desigualdad social del mundo (más que Africa, Asia, Oceanía), surge siempre la palabra caos, como intento de preservar el orden dominante. Surgen los demócratas de "siempre". Los patrones de las democracias. No sería ingenuo pensar que las asambleas barriales que recorren todo el país estén expresando la vanguardia de un movimiento civil incipiente de resistencia al tipo de orden democrático que ha dejado siempre excluida a gran parte de la ciudadanía. Fenómeno social que ya se interiorizó como obvio. Las "asambleas" intentan romper esa obviedad. Puede haber un tiempo electoralista pero la organización política que se está gestando en las asambleas populares está por fuera del tiempo electoral. Está en el singular tiempo de crear nuevas subjetividades. Nuevas formas "de organización política". Es una línea de fuga que funda otro territorio existencial. Desterritorializa el escenario político habitual.

Por eso digo: las asambleas populares son el "emblema" de un cambio social que se está gestando. Lo que está en crisis terminal es el sistema de representatividad política en el país. Nadie lo duda ya. Las asambleas son el intento de superar lo "moribundo" que no termina de morir nunca. La tristeza del viejo sistema por la alegría y la fuerza solidaria de las asambleas y su futuro posible. Como todo devenir revolucionario (que no es la revolución) no es un fenómeno cuantitativo, sus características se nutren de la intensidad del acontecimiento. Una modificación en "la cabeza de la gente". No se mide por el número de asambleístas que concurren. Es un "cambio de naturaleza". Y por eso no hay vuelta atrás. Cuando el pueblo recupera la voz ya no la pierde nunca más. Aunque descansa a veces para reponer nuevas fuerzas a inventar.

* Médico psicoanalista. Actor, director y autor de obras teatrales como El patio de atrás y El señor Galíndez, entre otras.

[Volver](#)

Modesto Emilio Guerrero*- Asambleas populares (Revista herramienta)

Veinticuatro horas antes, nadie entre los oprimidos podía imaginar que veinticuatro horas después estaría derribando al gobierno. Menos aún, que con esa rebelión engendraría un movimiento independiente de asambleas barriales, quizá el más importante producto social y cultural desde el Cordobazo. Ambas cosas ocurrieron. Desde entonces, toda la vida social se aceleró al ritmo de la crisis política.

El mundo percibió la aparición del fenómeno. El asambleísmo ha tenido eco en Europa, Latinoamérica y los Estados Unidos. El "Cacerolazo Global" es la primera reacción internacional de la vanguardia a un movimiento nacional, desde la insurgencia del Movimiento Zapatista mexicano en enero de 1995. Desde los países nórdicos hasta Japón la prensa lo sigue como noticia. Más de 20 asambleas han sido visitadas por corresponsales extranjeros. Lo que era impensable se volvió posible. Un amplio sector de la clase media decidió subvertir su propia existencia y mandar al carajo muchas de sus viejas creencias.

Una pequeña franja de ella, entre 7.000 y 8.000 personas, se reúne semanalmente en unas 70 asambleas barriales de la ciudad de Buenos Aires. Entre lunes y sábado desbordan actividades sobre más de 300 comisiones. Los domingos convirtieron al Parque Centenario en lugar de encuentro para 2.000 a 3.000 personas. Allí comparten rupestres banderas vecinales y miran con resignación las cuidadosas e insolentes que anteponen los partidos de la izquierda. Conversan, intercambian boletines, volantes, escuchan pequeños informes de dos o tres minutos y votan en frío unas 50 consignas por semana. Nunca un movimiento naciente tuvo tanto programa junto en tan poco tiempo. Pero pocas veces fue tan versátil, invertebrado y hasta contradictorio. Es como si las asambleas fueran el programa en movimiento.

Parque Centenario no es el movimiento asambleísta, pero es la señal inequívoca de que éste vibra en cada barrio. Esta contradicción está en curso casi desde su nacimiento. Después de tres semanas de constitución, el propio movimiento se sorprendió de ver que su cuerpo crecía más que su pensamiento. Ahí comienza el segundo desafío del actual proceso asambleísta. ¿Tendrá la capacidad de superarse a sí mismo? ¿Logrará crear su propio "punto de partida" revolucionario del que hablara Marx cuando analizó la revolución de 1848? ¿Podrá este movimiento social sepultar lo viejo con ladrillos nuevos? ¿Logrará liberar la palabra y el pensamiento en el Parque Centenario, condición para ser sujeto liberador del resto de la sociedad? ¿Sacará del letargo y la disgregación a la clase obrera, para convertirla nuevamente en movimiento? ¿Podrá consolidarse como una alternativa política nacional junto a los piqueteros, jubilados, docentes, estudiantes, intelectuales? Estos y otros desafíos fueron brotando del cuerpo y del espíritu del fenómeno político más importante engendrado en las jornadas revolucionarias del 19 y 20 de diciembre.

El país de los presidentes de papel

El presidente Fernando de la Rúa tuvo que irse por la "puerta trasera" de la Casa Rosada. Faltaban ocho minutos para las ocho de la noche del miércoles 19 de diciembre del año 2001. Atenazado entre la parálisis gubernamental y

una imprevista rebelión popular, huyó custodiado en un helicóptero entre las primeras sombras del anochecer.

Una multitud abigarrada y encolerizada gritaba "¡que se vaya!" a pocos metros. Decenas de miles habían copado la Plaza de Mayo en reacción masiva y espontánea al decreto de estado de sitio: la única orden sería en dos años de gobierno.

Un estruendoso ruido de odio y cacerolazo lo separaban de la masa insubordinada. Sin embargo, con la flema de los monarcas medievales, el presidente no se daba por enterado. Su pequeño entorno, el silencioso lujo del poder y una muralla policial que a esa hora ya tenía 23 muertos bajo sus pies, lo convencían de que seguía siendo presidente.

Antes de irse, como si la cosa no fuera con él, arrojó la cabeza del repudiado ministro de Economía. Pero todo siguió igual, alguien le dijo que no era suficiente. Entonces anunció la renuncia de todo su gabinete, y la gente no se dio por enterada. Sorprendido, llamó a la oposición y le ofreció la mitad del poder, como si la otra mitad existiera. Un corresponsal que cubría la Casa Rosada a esa hora crucial, contó en privado esto: "Ya no quedaba nadie, sólo algunos asesores, el personal de seguridad y su hijo menor, era el jefe de Estado más solitario que he visto en las últimas décadas".

Entonces se fue.

Un presidente de papel lo sucedió por dos días para entregar la investidura a otro que duró diez días. Éste, sitiado por un segundo cacerolazo y sin apoyo en su propio partido, voló sin aviso a su lejana y bucólica provincia. Desde allá renunció, vestido en camisa manga corta y rodeado de la misma familia atónita que había llevado al paseo más corto por la Quinta de Olivos. A más de mil kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, no sabía a quién pasar los bártulos presidenciales que por olvido se llevó puestos. Los confió a las manos de un edecán que estaba tan sorprendido como el resto del mundo. Los trajo a la Capital y los puso en el lugar correspondiente, a la espera de que apareciera otro presidente.

A esas horas de la noche del 31 de diciembre, cuando el año también se iba, una llamada desde Norteamérica descubrió la crudeza de la crisis gubernamental en la Argentina. Collin Powell, secretario de Estado, pidió que lo comunicaran urgente con el Jefe del Estado. Como nadie contestaba, llamaron a un número "más privado" y respondió un funcionario sin rango de la Casa Rosada: "No hay presidente a esta hora", fue lo que le informaron. [\[1\]](#)

Sin café ni medialunas

Desde entonces, los de abajo se negaron a soportar más a los de arriba. Pero éstos, a regañadientes, empezaron a sentir que tampoco podían seguir gobernando como antes. Aunque siguieran gobernando. En realidad comenzaron a vivir muy intranquilos.

Entre el 20 de diciembre y el 12 de febrero se cuentan treinta y siete "agresiones" a importantes personajes o símbolos de la política nacional y provincial. Dos ex presidentes, cuatro senadores, nueve diputados, tres ex ministros, dos gobernadores. Uno a uno abucheados en la calle, el restaurante, avión o manejando su auto [\[2\]](#). Una irreverencia donde lo nuevo intenta tomar venganza de la impunidad. Gritos ofensivos, empujones, incluso trompadas. Hasta el sagrado placer porteño de tomar café con leche y medialunas les fue vetado.

Sectores de las clases explotadas y otros que se habían deleitado con la fiesta menemista entraron en movilización permanente. Cada capa del tejido social fue removida y lanzada a las calles. La democracia de los cuerpos se impuso a la frugal república del voto. El reactivo anuncio electoral de octubre de 2001, con gran crecimiento de todo lo que fuera anti- régimen, funcionó como premonición.

Un registro periodístico muestra que desde enero de 2001 al 22 de febrero de 2002, hubo 1.492 marchas a Plaza de Mayo y a la Plaza de los Dos Congresos. De ellas, 503, casi el 40%, ocurrieron en el corto lapso que va del 19 de diciembre a mediados de febrero: el verano más corto de la historia argentina.

El 19 de diciembre fueron saqueados 122 supermercados y comercios menores del Gran Buenos Aires y 17 en la Capital. El país conoció tres cacerolazos nacionales con epicentro en la ciudad de Buenos Aires. El segundo, con participación masiva en treinta y dos ciudades y pueblos del interior. Veintisiete cacerolazos locales, algunos en pueblos que antes nadie recordaba. Además, veintiséis "irrupciones ensordecedoras" a doce bancos en la ciudad de Buenos Aires, La Plata, Rosario y Mendoza. Un informe de la Asociación de Bancos Argentinos (ABA) señala que tales "irrupciones" han costado cierres y alteraciones equivalentes a un 40% de la jornada.

Una marcha de casi 15 mil piqueteros a la Capital Federal recibida a su paso por las asambleas barriales. Decenas de cortes de ruta en Salta, Jujuy y en la provincia de Buenos Aires, algunos con bloqueo a empresas petroleras. Decenas de concentraciones frente a empresas de servicio privatizadas y a YPF-Repsol.

Dos hechos ilustran la extensión social y la profundidad del movimiento. El primero: un buen día la clase media, los propietarios y administradores inmobiliarios hicieron la primera movilización de su historia. Casi 3 mil asistentes... Pero fue una marcha muy extraña. Los dirigentes obligaron a usar mojígatas maraquetas de plástico, melifluas consignas autorizadas, pulcras pancartas impresas y trajes de muchos dólares. De todo, menos cacerolas. "Queremos evitar que se nos confunda. No somos ni piqueteros, ni cacees oleros", declaró H. Dodorico, presidente del gremio. A la semana siguiente, fueron casi 5 mil en Plaza de Mayo. Pero el dirigente fue abucheado, golpeado y acusado de traidor y la gente, sin que nadie lo pudiera impedir, hizo sonar sus cacerolas. Fue la señal de que hasta los encopetados propietarios de inmuebles tenían que bailar el nuevo ritmo.

El otro hecho que impactó a la sociedad fue la movilización de unos 300 chicos y chicas "down" por el centro de la ciudad hasta ocupar por varias horas la Plaza de Mayo. Cada uno con su cacerola.

A la fecha de cierre de este trabajo, 26 de febrero, se conocieron nuevos saqueos en localidades de Pacheco, al norte de Buenos Aires, y se habla de conspiración militar-bancaria.

La ciudad de Buenos Aires fue convertida en el escenario de un drama histórico, sin director ni libreto. Sólo sabían dónde comenzaba la obra. No hubo previa convocatoria, consigna ni llamamiento.

Lo que era lento en la sociedad se precipitó. En buena parte del pueblo se rompió la aceptación resignada del drama diario. Fue la condena a muerte de la anomia y la rutina.

Hasta el día anterior, las expresiones cotidianas más usuales eran, "qué va a hacer", "yo, mejor me voy", "me quiero morir" y explicaciones de ese estilo. Mostraban la impotencia individual en la voluntad de una clase media y trabajadora diseñada a la medida de la fe en las instituciones de poder. "Esa servilidad, esa rutina, fuentes inagotables de la trivialidad, esa ausencia de rebelión en la voluntad de iniciativa, en el pensamiento de los individuos, son las causas principales de la lentitud desoladora del desenvolvimiento histórico de la humanidad". [3]

Instituciones y creencias sedimentadas generación tras generación en sus cabezas se desgranaron "de la noche a la mañana".

Frente al espejo

Pero la gente no salió a las calles y plazas sabiendo lo que quería. En realidad, sólo estaba segura de lo que *no* quería. Sus actos fueron transformándose en conciencia. Era como si un nuevo rostro le apareciera frente al espejo, después de cada cacerolazo, batida policial o asamblea.

Esa mutación se expresó en un derroche de consignas cantadas cuya unidad se establecía a partir de lo que se denunciaba, se negaba, se odiaba, repudiaba y cuestionaba.

Como síntomas de crecimiento, las consignas fueron señalando tanto la buena salud como las fallas genéticas del proceso y sus protagonistas.

Desde el comienzo se mezclaron consignas de distinto carácter y objetivos. A las antigubernamentales siguieron las antipoliciales, las anticorrupción, las que pedían las renuncias de la Corte Suprema y el Congreso. O las que expresan el deseo masivo de "vivir mejor" "sin radicales ni peronistas". Las que proclaman la nueva relación de fuerzas diciendo que "El pueblo unido jamás será vencido" y preguntando desafiante, "¿Quién tiene la batuta?".

Desde mediados de enero comenzaron a aparecer consignas anticapitalistas o que suenan a ello sin que quede claro su carácter. Un abanico de demandas que muestra perfecto un movimiento multisápido por definición.

Sin embargo, a dos meses, hubo un cambio. Ya no predominan las consignas de alto contenido nacional. Por ejemplo las que reclamaban Patria y sentido de argentinidad: "¡Argentina, Argentina!", "¡Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está!". El alto contenido nacionalista de estos gritos resaltaba cuando se escuchaban en medio de marchas abarrotadas de banderas celestiblancas.

En los cacerolazos de febrero fueron excepcionales las notas del himno nacional. Pasaron a ser dominantes los cantos contra las multinacionales, el FMI, el gobierno de Duhalde, la banca. Así, hasta recalar en la consigna más cantada por todas las asambleas: "¡Que no quede ni uno solo!", una comprometedor exigencia, como si el movimiento supiera qué sigue después. A pesar del entrevero de consignas, este movimiento recuperó la vitalidad de las consignas y los cantos callejeros. Superó en un solo acto tanto al melifluido espíritu posmoderno de los noventa, como a los gemebundos cantos aburridos de una izquierda que ya no sabía qué más cantar.

Hasta la ritualidad cansina del himno nacional fue profanada. En las marchas se impuso el fulgor juvenil y vigoroso de un nuevo heroísmo, expresado en la forma de cantar la estrofa: "*¡Y juremos con gloria morir!*".

El sociólogo Horacio González plantea que el "pueblo" actúa sobre la base de antecedentes en su memoria (Nación, Patria, etc.), a diferencia de la "multitud", que "piensa sobre la base del abismo". Para él, hay un renacer desde "los logros del acontecimiento anterior". [4]

Algo parecido plantea el psiquiatra y ensayista Blas Santos. Él habla de un "renacimiento" a partir de la fantasía del Ave Fénix: "Como si se pensara, si todo termina va a surgir una cosa nueva..." [5]

Con ese grado de espontaneidad, "materia prima de lo consciente" (Lenin), comenzó a constituirse este movimiento social organizado en asambleas barriales.

El sonido y la furia

La clase media y los desocupados de la ciudad de Buenos Aires entraron en acción masiva a partir de un odio acumulado sin salida individual. La virgen de Luján, las inmolaciones, la queja cotidiana, la fantasía de Ezeiza y hasta los confesionarios del psicoanálisis, repletos en los meses previos, no eran suficientes.

Lo que *descubrió* entre el 19 y el 20 de diciembre fue al mismo tiempo *su invento*. Comprendió que podían echar al ministro de Economía más odiado desde Martínez de Hoz (1976), y al presidente más enclenque desde Arturo Illía (1962). En el mismo acto inventaron un movimiento social sin precedentes. La incorporación de la cacerola a la marcha tradicional simboliza la necesidad de romper, con el grito más molesto, el silencio y la connivencia con 10 años de crudo neoliberalismo. El equivalente a destrozarse con una piedra la vidriera de un shopping center. Las asambleas, en tanto, proyectan la búsqueda de un espacio libertario, democrático, igualitario, de identidad, donde poder darle muerte a la anomia y la impunidad. En ese remolino de irreverencia democrática, también son rechazados el dirigismo sofocante y el centralismo irreflexivo de la izquierda. Por eso predomina la expresión oral, como señala Blas Santos: "La palabra tiene muchas funciones, de comunicación, de repetición de lo que ya se sabe, *pero tiene también de realización*". [6]

Protagonistas del nuevo milenio

De esos acontecimientos emergió un nuevo protagonista social: eso que genéricamente llaman la clase media. Profesionales desocupados, el trabajador de los nuevos servicios, de docentes y bancarios; el profesional libre, el desempleado, el pequeño comerciante paúl erizado, el estudiante y la ama de casa, sin olvidar a algunos pequeños empresarios en estado de ruina. Todos, en calidad de nuevos pobres o amenazados de tal. Un buen día se encontraron, para su propia sorpresa, asumiendo un rol político que jamás habían imaginado.

"Vecino" pasó a ser el ropaje de un nuevo sujeto. En realidad, ese ropaje se visten varios sujetos a la vez. La gente salió el 19 a la noche de sus casas individualmente o en pequeños grupos familiares o de amigos. Sin embargo, ya eran mucho más que individuos, aunque no lo supieran. El barrio fue el punto de partida, la asamblea el organismo de militancia, la plaza el espacio, la palabra el instrumento y hacer política una necesidad de su existencia.

El principal componente de las más de sesenta asambleas que funcionan en la Capital Federal es el profesional y trabajador desocupado –también el más activo en las tareas—. Una consulta que realizamos sobre doce asambleas arrojó este dato: casi el 30 por ciento de los asambleístas son desocupados crónicos u ocupados eventuales. [7] Este elemento de unidad social con los "piqueteros" no garantiza ninguna cualidad revolucionaria *per se*.

Quién inventó las asambleas

Las asambleas comenzaron a juntarse desde el propio 20 de diciembre en medio de la rebelión. Fueron el invento del primer cacerolazo.

Comenzaron pequeños grupos por manzana. Se reconocían dentro de las marchas. En medio o al final de éstas, se juntaban, comían pizza y decidían convocar a otros. En algunos casos fueron vecinos relacionados por la amistad y algún grado de afinidad socialista cebada con mate.

A la semana siguiente ya eran centenares y a mediados del mes de febrero alcanzaron a congregarse entre 7 y 8 mil asistentes. En la mayoría de los casos hay un porcentaje que es itinerante. Hay asambleas que se renuevan semanalmente sin que se altere la cantidad. Esa movilidad, tan propia de la clase media, también indica su constitución de clase, así como una ruptura con las estructuras organizativas tradicionales del movimiento obrero y marxista. El sector más activista de las asambleas lo componen los nuevos militantes surgidos de los cacerolazos, donde predominan los desempleados, los profesionales. Un sello particular lo imprimieron las mujeres. Por la cantidad que participa en las marchas y tareas, pero sobre todo por el despliegue de iniciativas en las asambleas y comisiones.

Como parte constitucional de esa camada de nuevos activistas está la militancia de izquierda, la organizada en partidos y la otra. De hecho, se ha establecido una nueva relación que le impone el desafío de ejercitar un nuevo aprendizaje. Inédito en muchos sentidos, la obliga a modificar hábitos estructurados por años en sus rígidos locales, programas y modelos históricos. Sin que lo adviertan, están siendo asaltados en sus nichos de sobrevivencia. Y en esa dinámica estamos en presencia de un choque cultural entre viejas y nuevas prácticas.

La izquierda está enfrentada al dolor de tener que resignar no sólo formas, sino programas, conductas y relaciones humanas. Tiene la ventaja de ser testamentaria de un cuerpo teórico sólido formado en la tradición del movimiento comunista internacional y en el movimiento obrero. No será la Enciclopedia de D'Holbach y Diderot, pero es suficiente para saber con qué tipo de "ladrillos" [\[8\]](#) sepultar la actual irracionalidad capitalista.

Las tres facilidades que le brinda el actual movimiento son, por ejemplo, evaporar de sus programas y conductas el estatismo, el dirigismo y el aparatismo. Sin la superación de estos vicios heredados del marxismo practicado durante el siglo XX, la izquierda argentina no podrá fundirse con el nuevo movimiento, y menos aún, ser alternativa política y cultural.

Una investigación sobre cuarenta y dos asambleas nos indicó que la primera se habría formado en Paternal (San Martín y J. B. Justo) el miércoles 19 de diciembre a la noche. Fue una reacción al decreto de estado de sitio, un acto de mirarse las caras y saber que tenían que hacer lo mismo y ya. Comenzaron unas diez personas, a la semana siguiente asistieron sesenta vecinos y la tercera semana ya eran ciento veinte.

Entre la rebelión del 19-20 y el fin de año, sólo se conoce la aparición de dos más: la de Núñez-Saavedra, fundada el 30 de diciembre y la de Luzuriaga (Lomas del Mirador), nacida el 20 de ese mes. En este último caso, el "odre viejo se llenó con vino nuevo". En Luzuriaga funcionaba una reunión asamblearia regular desde finales del año 2000, pero dedicada a la protección contra la delincuencia. "Lo que hizo fue asumir las consignas", declaró un vecino. Y con ellas, agregamos, un nuevo rol en el movimiento.

Las otras treinta y nueve asambleas aparecieron entre el 1° de enero de 2002 (Colegiales, en Zapiola y Lacroze) y el 22 de enero, cuando se formó la de los vecinos que bordean la histórica Plaza de Mayo.

De las cuarenta y dos asambleas, veintidós nacieron con grupos que van de siete hasta cincuenta miembros. La de Liniers, por ejemplo, la "fundaron" seis personas. Seis casos registraron una asistencia que fue de cincuenta a cien participantes. De la búsqueda surge que en apenas catorce casos se reunieron grupos de cien a trescientas personas en la primera "autoconvocatoria".

En muchos casos se verifica una correspondencia entre la cantidad de gente que se concentraba en el cruce de calles para hacer el cacerolazo y la cantidad que se juntó para la primera asamblea. Es el caso de la de Caballito-Parque Rivadavia. Comenzó a funcionar el 21 de enero con más de trescientos asistentes; una suma "representativa" de los más de mil que rompían las cacerolas en Acoyte y Rivadavia y La Plata y Rivadavia.

Pero eso es una regla común. Hay casos donde el crecimiento fue geoméricamente exagerado y eso no se reflejó en las columnas. Por ejemplo, la de Chacarita (Zapiola y Lacroze), donde comenzaron 5 personas y, según algunos de sus miembros, a la tercera semana alcanzaron casi doscientos convocados; sin embargo, ese crecimiento no resultó igual en las marchas a Plaza de Mayo. Lo mismo vale para la de Plaza 1° de Mayo (Saavedra), donde comenzaron treinta vecinos y a la segunda semana eran más de doscientos, o la de Núñez-Saavedra, cuyos asistentes pasaron de diez a treinta, luego a cien, para estabilizarse en unos ciento cincuenta.

En casi la mitad de la muestra, o sea, veinte casos, los militantes de izquierda participan activamente desde la primera asamblea. En el resto, comenzaron a aparecer desde la segunda o la tercera reunión. No hay registro de una sola asamblea que haya sido convocada y organizada por algún partido o sindicato de izquierda. Por lo menos, entre el 19 de diciembre y 11 de enero, cuando el movimiento ya estaba constituido. A partir de esa fecha se conocen algunos casos donde partidos trotskistas organizaron la asamblea. Parque Patricios es el primero que se registra.

En el conurbano bonaerense se constituyó como movimiento de asambleas desde finales de enero. Para ello fue clave el efecto de las reuniones masivas en Parque Centenario. Antes que las del conurbano, se conocieron asambleas en la ciudad de Rosario los primeros días de enero; fueron bastante nutridas, con presencia de profesionales y agricultores quebrados. Pero no tuvieron continuidad.

La Interbarrial, el verano más largo

El surgimiento de la Interbarrial fue un acontecimiento casi silencioso. Por sus orígenes y desarrollo ha resultado altamente controversial. De hecho, dentro de las asambleas han surgido tres corrientes de opinión. Quienes la consideran inútil y prescindible, sobre todo porque la izquierda tiene influencia y abusa del control y las banderas. Están los que consideran que es el organismo más desarrollado del movimiento, su producto político más maduro, lo más parecido a una *dirección* del proceso. Y por último, una franja difusa que la ve como un espacio donde ir a votar, se ha transformado en un hábito dominguero con aires rituales. Una "ceremonia fundadora", advierte el ensayista Horacio González.

La primera reunión Interbarrial se realizó el segundo domingo de enero, cuando ya funcionaban unas veintitrés asambleas vecinales. No todas asistieron, aún así se reunieron unas trescientas personas.

Hasta su segunda reunión funcionó mediante una lista de oradores y orden del día que se confeccionaba caóticamente, como todo hasta ese momento. Se

debatía libremente, aunque predominaban los pronunciamientos y expresiones generales. "Fue convocada sin claridad de objetivos, en realidad a través de la web por donde nos comunicábamos miembros de distintas asambleas y dijimos, 'vamos a vernos en Parque Centenario, es el más céntrico'", señaló uno de los que llevó el megáfono durante las tres primeras reuniones.

Al segundo encuentro de barrios asistió casi el doble de vecinos. La tercera contó con casi dos mil personas, la cuarta con más de dos mil quinientas y a la quinta asistieron casi tres mil "miembros". Desde esta asamblea, la cantidad comenzó a mermar con la misma fuerza que ascendió. La última, del domingo 24 de febrero, contuvo unos dos mil setecientos asistentes.

La súper asamblea de Parque Centenario fue el hecho político-cultural que más impactó, dentro y fuera del país. Es una conquista del movimiento de asambleas vecinales. Despertó suficientes ilusiones como para arrancar de sus casas a varias miles de personas que se dan una vuelta a ver de qué es. La mayoría se sienta y vota. Otros, dan vueltas y mira entre la duda y el entusiasmo. Una tercera franja, conformada por centenares de militantes de izquierda, despliega algunas iniciativas para sostener la Interbarrial y otras para que sus banderas sigan en pie.

El trilema en el que se debate la Interbarrial está determinado por la cantidad de informes que ahogan su capacidad ofensiva para los grandes problemas nacionales. El maravilloso caos creativo que le dio nacimiento se está convirtiendo en su peor enemigo.

El peligro más grave de la Interbarrial es que impide el desarrollo político de la vanguardia cultural más importante de las últimas décadas: siete u ocho mil personas, de las cuales sólo un 20% serán militantes organizados. La "Doña Rosa" de Neustadt mutó, ahora es la anónima vecina del barrio que rechaza las privatizaciones y condena la deuda externa. De esta manera, resulta lo contrario de lo que suponen algunas organizaciones de la izquierda: la Interbarrial puede morir en el intento. Es decir, puede vaciarse o viciarse como posibilidad de organismo revolucionario independiente de la vanguardia y un sector importante de las masas.

El debate sobre los problemas de la Interbarrial, que fluye en las asambleas vecinales, es un síntoma de vitalidad de ambos organismos. Pero es indudable que está sometida a durísimas presiones externas (los enemigos) e internas. Como señaló el legendario revolucionario peruano Ricardo Napurí, "una asamblea que vota tantas consignas sin debatir los problemas centrales pierde capacidad ofensiva frente al enemigo". [\[9\]](#)

Una tendencia que podría servir a un nuevo desarrollo del movimiento es el despliegue de comisiones que impulsan tareas de gestión y control (salud, precios, desempleo, comedores, etc.), o como prefieren decir los psicoanalistas, "realizadoras".

Conscientes o no, están sirviendo al fortalecimiento de las asambleas y la Interbarrial. Sus trabajos surgen y dependen de la soberanía de la asamblea vecinal, de cuya votación dependen las comisiones. Un buen ejemplo para medir esa dinámica es que casi todas rechazaron la ingerencia de los Centro de Gestión y Participación del Gobierno de la Ciudad-Estado de Buenos Aires. Por obra de las asambleas se han promovido reuniones dentro de los hospitales para participar de la gestión sobre los insumos y el presupuesto de salud en las treinta y tres unidades de la red.

Las asambleas, pero sobre todo la Interbarrial, son, más o menos, lo que el novelista Dalmiro Sáenz llamó "El juguete nuevo" y que Horacio González prefirió definir como la "Oratoria bajo las araucarias". [10]

Los comuneros del Parque Centenario

Si es cierto que el actual proceso le da continuidad a la resistencia de las organizaciones del movimiento "piquetero", Madres, jubilados, Hijos, también lo es que representa una superación política y cultural de todo lo anterior.

El diario *Página 12* dedicó un suplemento a las asambleas el tercer domingo de febrero. Lo tituló "La Comuna de Buenos Aires", en alusión a las gestas heroicas de las *Comunas* de París (1871) y la de Barcelona (1938).

Si fuera posible alguna referencia es, más bien, con el levantamiento estudiantil de Mayo de 1968, en París ("una ciudad de espíritu insurreccional", diría Engels) Allí, el filósofo marxista Roland Barthes metió en frases que se hicieron célebres una definición que se parece mucho a lo que se observa en la Argentina: "La rebelión universitaria fue una toma de la palabra, una palabra salvaje fundada sobre la invención y bajo la forma de la invención".

Esta *toma de la palabra*, advertía en metafórica ironía Barthes, significaba, en sí mismo, que no era la *toma de la Bastilla*, emblema del comienzo de la Gran Revolución Francesa. Ese acto, en París como en Buenos Aires, señala un límite subjetivo en la rebelión, cuya superación positiva está por verse.

Es inútil, por inaplicable y esquizofrénico, buscar "febreros" y "octubres" como si la película de Petrogrado pudiera registrar en el formato de la Buenos Aires que dejó la globalización. No sólo faltan los protagonistas sociales, personales y partidarios, además de la cultura revolucionaria que predominaba entre los explotados del mundo en esos años. Digamos, faltan libretos nuevos para el actual drama histórico. Es que también hay exceso de fe religiosa en moldes, modelos, conductas, consignas y estructuras periclitadas por extemporáneas. Las asambleas vecinales y la Interbarrial como su espacio de encuentro mayor, por un lado, y el movimiento "piquetero", por otro, son la base germinal de ese desafío. No su solución.

Este artículo es un resumen acotado de dos capítulos de un texto del autor, de próxima aparición.

* Periodista de oficio, fue director del semanario político *La Chispa* (Caracas), Jefe de Redacción del semanario *Comersur* (Buenos Aires) y Editor periodístico de www.mercosur.com. Es colaborador de *Enfoques*, *La Nación*. Ha publicado 4 libros: *Panamá Soberanía y Revolución*, 1990; *Haití, el último Duvalier*, 1986; *Del Caracazo al golpe de Chávez*, 1992 y *Cuentos Relatos y Poemas*, 1985. En abril de 2002, Ediciones B, de España, lanza en Santiago de Chile su último texto: *Reportaje con la Muerte. Biografía de Leonardo Henrichsen, el reportero que filmó su propio asesinato*.

[1] Sobre información de *Agencia Reuter* y *Página 12*, del 3 de enero de 2002.

[2] Diarios *Página 12*, *Clarín*, *La Nación*. Programa *Detrás de las Noticias*, Canal 2 y Azul TV.

[3] Mijaíl Bakunin, *Dios y el Estado*, pág. 24, *El Viejo Topo*, España 1997.

[4] Horacio González, "Cacerolas, Multitud, Pueblo", *Página 12*, Buenos Aires, 11 de febrero de 2002.

[5] Blas Santos, "Sujeto y Cacerolazo", *Página 12*, Buenos Aires, 18 de febrero de 2002.

[6] Subrayado nuestro. Blas Santos, "Sujeto y Cacerolazo", *Página 12*, Buenos Aires, 18 de febrero de 2002.

[7] Los datos los recabamos entre miembros de las comisiones de dos asambleas de Caballito, una de Flores, una de Almagro, la de Canning y Corrientes (Villa Crespo), Liniers, Paternal, Cid Campeador, la de Colegiales y la que se reúne en la acogedora Plaza Irlanda.

[8] Alusión a la frase de la diputada del ARI, Elisa Carrió, quien declaró que "el nuevo régimen lo construiremos con los ladrillos del viejo". En los talleres de reflexión que realizaron varias asambleas, esta declaración fue ampliamente rechazada por considerar que no cambiaría nada.

[9] Esto lo comentó Ricardo Napurí al autor durante una larga conversación sobre la experiencia de las asambleas populares de Bolivia (1969) y Perú (1979), de las que él fue protagonista destacado.

[10] "Qué son, qué quieren y a dónde van las asambleas populares". "La Comuna de Buenos Aires", *Página 12*, Buenos Aires, 24 de febrero de 2002.

[Volver](#)

Por José Pablo Feinmann

Filosofía de la asamblea popular,

Uno de los sentidos más fascinantes y sin duda actuales del concepto "asamblea" es el que se deriva del ejercicio de la democracia directa. Ante el deficiente funcionamiento de las estructuras representativas de la democracia (representación legislativa, judicial, ejecutiva, parlamentaria), el pueblo se nuclea en tanto asamblea y desde este nucleamiento ejerce la democracia sin mediaciones. De esta forma, el pueblo (que, en verdad, se constituye en tanto "pueblo" a partir de la asamblea) denuncia que la "política representativa" ha devenido "oligarquía política", traicionando el mandato democrático que se le había confiado. El pasaje que la clase política realiza de la "representación" a su sustantivación oligárquica ocurre cuando deja de representar al pueblo y se consagra a representarse a sí misma y a sus grupos financieros. (El grave riesgo de la política institucional en el capitalismo es que necesita financiarse –sobre todo para las "campañas electorales"– y ese financiamiento lo obtiene de las empresas, las cuales, al otorgarlo, condicionan tanto a los políticos que logran someterlos a sus intereses. Podríamos decir: "Dime quién o quiénes financiaron tu campaña y sabremos para quién o quiénes gobernarás".) Una vez que los "representados" advierten que no son "representados" sino que aquéllos a quienes han elegido para "representarlos" representan a otros, pueden hacer dos cosas: 1) Nada, o lo mismo que nada: mirar televisión y ser cómplices pasivos de la fiesta entre la "oligarquía política" y el poder económico y recibir las migajas de ese banquete en tanto observan cómo "los demás", los "pobres", se

deslizan a la "extrema pobreza" y creen que "eso" a ellos jamás les pasará. 2) Constituir asambleas de ejercicio directo de la democracia. No es otra cosa lo que está ocurriendo en nuestro país.

Nada, pues, más legítimo que la "asamblea" para responder a una situación de irrepresentatividad. La política deviene "oligarquía política" cuando se privatiza, cuando se torna un cuerpo cerrado en sí mismo, no permeable a las bases sociales que le dieron mandato. Ocurre que los partidos políticos llegan al poder por medio de costosísimas campañas políticas, las cuales son financiadas por grandes empresas que no tienen los mismos intereses que los votantes que esos partidos prometen representar. De este modo, los partidos, durante sus campañas, prometen a los votantes lo que los votantes desean, pero saben que harán lo que sus financistas les digan: porque los votantes votan una sola vez y los financistas ponen dinero todos los días. La mejor defensa de los votantes, la herramienta que les permitirá "seguir votando", es la "asamblea", pues en ella serán ellos los que se representarán a sí mismos, y ellos no están financiados por nadie. O sí: por ellos mismos, de aquí que serán "sus" intereses los únicos que habrán de defender. La "asamblea", entonces, es el ámbito de unión de los "irrepresentados", de los "no financiados", o de los "autofinanciados", de los que saben que la "democracia representativa" ha devenido "oligarquía político-financiera" y, por tal motivo, no pueden confiar en ella, no pueden ya "delegar" la democracia sino ejercerla directamente. Este "ejercicio directo" de la democracia es la asamblea.

Acudir a la asamblea es acudir en busca de "otros", que son "otros" porque son subjetividades libres, pero –a la vez– forman un "nosotros" en la "asamblea", que es, así, un espacio de intersubjetividades libres, y la "intersubjetividad" es la forma práctica, actuante, potente de la subjetividad. Nunca estamos solos en la "asamblea"; somos "yo", pero somos "los otros" y con los otros somos "todos". Somos una totalidad: la asamblea nos totaliza.

A partir de los 80, en textos y cursos, Michel Foucault buscó "nuevas formas de subjetividad", que habrían de surgir de fórmulas vinculantes ajenas al

circuito de la representación político-institucional:

"La amistad o la solidaridad son esos vínculos que se sustraen a las mediaciones jurídicas, a la ley, la regla o la institución. De modo que es gracias a estas relaciones que una multiplicidad cualquiera, inclasificable o irrepresentable, resulta posible" (Dardo Scavino, La filosofía actual, Paidós, pág. 201). Surge de aquí la posibilidad de una ética, que radicaría en la "práctica" de esas relaciones cuyo marco escapa a lo jurídico, a lo institucional. El espacio totalizador de la "asamblea" es el espacio en el que una "ética" puede constituirse. ¿O no es la asamblea el lugar de la amistad y la solidaridad? Primero somos "amigos" constituidos en exterioridad (la agresión de un Poder que ha dejado de representarnos es la que nos convoca) y luego somos "amigos" en el interior de una praxis política autoconvocante. También, digámoslo, de una "rebelión".

Ir a la "asamblea" es ejercer un movimiento inicial de negación: hemos dejado de ser "representados", hemos salido del "hogar" –donde un desocupado es un humillado y un ocupado un televidente pasivo y algo bobo- y ocupamos, junto a otros, un espacio en el que ya no somos lo que éramos, en el que negamos lo que habían hecho de nosotros. Un desocupado, en la asamblea o en el piquete, ya no es un humillado, recuperó una identidad y hasta una ocupación, ya que ahora tiene la ocupación de representarse a sí mismo, de representar a los irrepresentados, de formar parte de una totalidad que lo "emplea", lo "contrata". Hay un texto de Foucault en el que se postula que la filosofía es rechazar lo que somos y buscar lo que podríamos llegar a ser. Hay un texto –anterior por cierto al de Foucault– de Sartre, un texto del célebre Prólogo al libro de Fanon, en el que se afirma: "No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros". Los dos, hoy, nos sirven. Los dos le dicen al poder de la no-representación: "Ya no somos lo que éramos, somos la negación de aquellos ciudadanos pasivos que los aceptaban resignadamente, eso que éramos era lo que ustedes habían hecho de nosotros, esto que hoy, en esta ‘asamblea’, somos, es lo que nosotros hemos hecho de nosotros mismos, y este nuevo ser niega lo que éramos y, en esa negación, los niega a ustedes". De aquí una de las lecturas posibles del "que se vayan todos" del asambleísmo. No es la postulación de la anarquía, es la asunción por la asamblea y en la asamblea de una creatividad política sin políticos.

El "asambleísmo" es policlasista; la asamblea no es "obrera" ni es un "consorcio ampliado" de argentimedios. El lunes 28 de enero, los piqueteros fueron recibidos –en su manifestación hacia la Capital– por los comerciantes que antes les temían, ya que "esos negros van a romper todo". Ahora les dieron comida, café con leche, mate cocido. Comerciantes que –al fin– entienden que el sistema que los obliga a echar a un empleado es el mismo que más tarde los dejará a ellos en la calle, fundidos. Así, podríamos decir –manejándonos con términos del lenguaje político argentino– que en la asamblea "la gente" se vuelve "pueblo", ya que forma parte de una totalidad. Prefiero seguir usando estos términos y no introducir el de "multitud" de los italianos Negri y Virno, ya que sería confusional para nosotros. Nuestras asambleas se definen como "populares", no como "multitudinarias". Sí podemos decir –con Toni Negri– que en la "asamblea" está la "potencia", y que la "potencia" es constituyente. Negri toma el concepto spinociano de "potencia", porque ella define al ser por la acción. Si "ser es actuar", el que va a la "asamblea" va en busca del ser porque va en busca de la acción. Se define como sujeto libre por medio de su praxis libre. Y hay en esto (aunque Negri y Virno, demasiado spinozistas, corren el riesgo de no poder asimilarlo) un movimiento dialéctico: si para ser lo que ahora soy tuve que negar lo que era... eso se llama dialéctica. La filosofía puede abrirse a cuantos filósofos desee y hasta incluirlos en un nuevo encuadre. La Argentina de hoy lo es. Somos la cara del fracaso: el de nuestras clases políticas sometidas al poder económico por medio de las recetas del Fondo. Y somos la cara del horizonte, de la posibilidad: un gesto airado, nuevo, ruidoso, en la lucha contra la globalización del capital financiero.

(2002-02-09)-. Página 12 (y Caceroleando.8m.com)

[Volver](#)

"Nunca fue tan obvio que el capitalismo es un desastre"

Reportaje a John Holloway

Desde hace años, este escocés vive en Puebla, México, comprometido con uno de los "nuevos movimientos", el zapatismo, en los que ve la esperanza para el futuro. Su tesis, que intenta interpretar fenómenos como los piqueteros y los Sin Tierra, es que para cambiar el mundo no es necesario tomar el poder entendido como el Estado. Un recorrido por las ideas originales de alguien que sigue creyendo en el cambio.

Por Joaquín Mirkin

-¿Qué significa transformar el mundo sin tomar el poder, tesis central de su nuevo libro?

-Nunca fue tan obvio que el capitalismo es un desastre y que no es disparatado pensar que de seguir así esto podría fácilmente llevarnos a la aniquilación humana. Por otro lado, me parece que los intentos de cambiar la sociedad a través del Estado o de la toma del poder estatal han

fracasado, tanto en sus formas revolucionarias como en sus formas reformistas. Entonces, creo que la única opción que tenemos es replantear el cambio social radical de otra manera: a través de una forma que no vincule la revolución con la toma del aparato estatal, sino que plantee, precisamente, cómo cambiar el mundo sin tomar el poder. Y esto implica replantear el significado del poder, el significado del pensamiento revolucionario y de la tradición marxista. De eso se trata mi libro de próxima aparición en la Argentina.

-¿Cuál es la vía para el cambio social del que habla, si no es el camino de la política tradicional, a través del partido y la conquista del Estado?

-Me parece que no es una cuestión de vías, sino de búsquedas. En este momento hay muchos que están buscando nuevos caminos o que están tratando de crearlos. Estoy hablando del zapatismo en México, de los piqueteros en la Argentina, del Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil o el movimiento anticapitalista en todo el mundo. No es que ellos tengan la línea correcta y que no haya que criticarlos. Lo importante es que se ve allí un intento de encontrar nuevas formas de lucha. Y la verdad es que nosotros mismos estamos en la misma situación: no se puede decir que en ellos esté el camino, o la vía, sino que nosotros somos también parte de esa misma búsqueda. No se trata de dar respuestas, sino más bien de plantear el deseo -sobre lo que puede sonar en este momento como absurdo pero inevitable- de querer cambiar el mundo.

-Pero, para el caso de Argentina: ¿cómo pensar el hecho de que las protestas piqueteras parecen profundizar la crisis política y económica? ¿Cómo superar este aparente callejón sin salida?

-Yo creo que es un problema que se da en todo el mundo. En el caso de México, por ejemplo, pasó lo mismo: la coincidencia del levantamiento zapatista con el colapso del peso mexicano en 1994 fue evidente. No podemos olvidar que existe un conflicto o una contradicción inevitable entre la dignidad de la rebeldía por un lado y el capital por el otro. A los capitalistas obviamente no les gusta la insubordinación, no quieren arriesgar su dinero. Entonces, si hay una insubordinación social fuerte, lógicamente van a retirarlo y a ponerlo en un lugar más seguro. Y me parece que es un problema muy real, y que la única forma de manejar eso es enfrentándolo a partir de formas alternativas del hacer social. En relación con los piqueteros es poco lo que puedo decir porque no tengo un profundo conocimiento sobre lo que está pasando, pero me parece que algunas -o muchas- de las luchas piqueteras no se tratan solamente del enfrentamiento con el Estado, sino que existe un trabajo profundo y duradero para construir otras formas de relación social, y otras formas de hacer las cosas. Y eso me parece fundamental: la construcción de la dignidad en la práctica misma. Solamente así es posible enfrentar el poder del dinero.

-También es cierto, a pesar de la comparación que hace usted entre el zapatismo y los piqueteros, que muchos de los reclamos del movimiento de desocupados no alcanzan a canalizar la totalidad de las demandas sociales que hay en Argentina. ¿Cuál es el alcance, entonces, que pueden tener este tipo de protestas en nuestro país? ¿Por qué no se da una unificación de las luchas?

-En el caso de los zapatistas, que conozco muy de cerca, sí operan en dos o tres niveles. Por un lado, las demandas concretas que se expresan en las dieciséis demandas puntuales que ellos hacen. Sin embargo, en este caso la riqueza es al mismo tiempo una ambigüedad en su movimiento y en sus demandas. Su demanda principal es la dignidad, que es lo que enfatizan todo el tiempo. Ellos quieren hacer un mundo nuevo: "Un mundo en el que quepan muchos mundos" y, aunque no lo digan, ello implica la abolición del capitalismo. Y es de esa manera como sí han logrado canalizar las demandas y el descontento de la sociedad mexicana, y eso es un éxito. La sociedad no entiende solamente el movimiento zapatista en términos de una demanda indígena puntual.

-¿Y usted cree que sucede lo mismo aquí con los piqueteros?

> -Puede ser... Todo esto es muy reciente. Lo interesante es que estas formas están empezando a surgir. Creo que la conflictividad social ha crecido mucho en los últimos años.

-Usted vino invitado también al IV Encuentro Nacional y I Latinoamericano por un Nuevo Pensamiento de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA). ¿Qué es lo que espera al respecto?

-Para mí es una experiencia nueva. Es un encuentro de los sindicalistas de la CTA, donde también están presentes muchos movimientos sociales de Argentina y de otros países como Brasil, Paraguay y Bolivia. La idea básica es reunir a estas experiencias de lucha junto con las ideas de varios académicos de izquierda. Creo que puede ser una experiencia bastante enriquecedora.

-¿Cómo ve la situación para la Argentina -actualmente en default- luego de más de diez años de neoliberalismo con una cifra de desempleo que podría rondar el 20 por ciento de acuerdo con lo que anunciarían las últimas estimaciones y con una recesión que ya lleva cuatro años?

-Lo que está viviendo la Argentina, al igual que muchos otros países, es el fracaso total del capitalismo. Surgen entonces, en paralelo a los movimientos rebeldes, las tendencias oscuras, como el racismo y la discriminación en contra de los extranjeros. Todo esto me parece muy peligroso y creo que no es algo casual.

-¿Se refiere a las nuevas respuestas de la derecha?

-Sí, indudablemente, y son muy fuertes. Tienen como eje la reafirmación del patriotismo en el sentido del racismo. Es decir, que lo que yo puedo ver es algo muy oscuro. Por un lado soy claramente pesimista, pero por el otro critico mi propio pesimismo.

-¿Cómo ve el surgimiento de un neokeynesianismo desde los ámbitos intelectuales, sobre todo en Estados Unidos, habiendo vivido ya varios años de hegemonía de los postulados de la economía neoliberal? ¿Es algo novedoso o es más de lo mismo?

-Creo que sí es y no es, a la vez, más de lo mismo. Es algo que sin duda tiene que ver con el fracaso social y económico de las políticas neoliberales que se dieron en todo el mundo, pero que han sido mucho más evidentes en América latina, y probablemente más visible en el caso de la Argentina. Independientemente del lugar político y social de uno es muy difícil argumentar hoy que las políticas neoliberales han sido un éxito; es obvio que desde un punto de vista económico y social han sido un verdadero fracaso en todo el planeta. La ideología neoliberal ha puesto énfasis en la reducción del Estado, algo que finalmente no se ha dado. Lo que sí se dio fue una reestructuración; es decir, se ha vuelto a un Estado mucho más represivo y fuertemente orientado por los intereses del capital. Por esto mismo ha reducido enormemente su capacidad de integrar las luchas sociales en forma consensual como lo hacía anteriormente. Por lo tanto, se ha dado un crecimiento de este tipo de luchas que no se integran dentro de las estructuras tradicionales...

-Usted ha dedicado años a estudiar las relaciones entre el capital y el trabajo. ¿Cree que nos encontramos frente al fin del trabajo como sostienen algunos autores? ¿Se trata de un nuevo triunfo del capital?

-Obviamente que no podemos hablar del fin del trabajo, que sigue siendo la base de nuestras sociedades. Lo que sí podemos afirmar es que estamos frente a una gran transformación del trabajo en todo el mundo. Hasta hace un tiempo se pensaba, sobre todo en Estados Unidos, que la transformación iba a ser mejor, pero en la situación actual ha quedado claro que la discusión original sobre la disminución del trabajo a partir del boom de la economía norteamericana en Estados Unidos era un debate que no tenía ninguna base real. Además, no hay que olvidar que el trabajo de la informática y la cibernética es también trabajo material. Sentarse ocho horas frente a una computadora no es menos manual que sentarse frente a un telar. Sí, se han dado cambios importantes, pero el trabajo no desapareció. El proceso de automatización generó la intensificación del trabajo, no su desaparición. Ahora se vuelve menos pesado físicamente, pero más intensivo, y además la gente trabaja más horas. De lo que no puedo dudar es que el neoliberalismo está destruyendo el mundo, matando a la gente, los recursos naturales y el tejido social. Esto se ve en la vida cotidiana: estrés, inseguridad, disminución de la calidad de vida...

-Y destrucción de identidades colectivas también.

-Totalmente. Un aspecto del proceso de reorganización social mundial ha sido, sin dudas, la destrucción de las viejas identidades, las viejas certezas, las viejas formas de lucha. Esta destrucción tomó muchas formas. Es el petrolero que de repente ya no es petrolero. Es el profesor universitario que de repente descubre que su trabajo es juntar papelitos. Es el niño o la niña que descubren que la niñez ya no es la misma, que ahora es más trabajo y miseria que juguetes y helados. Es el hombre desempleado que piensa que es menos "hombre". Es el adolescente que se encuentra en un nuevo mundo de inseguridad total. Es el comunista que ya no tiene la certeza del triunfo final. Es el trabajador que antes tenía una imagen clara del proletariado y que ya no sabe qué quiere decir. Es el argentino, el mexicano o el francés, que descubre que el concepto "Argentina", "México" o "Francia" ya no tiene el mismo significado que antes. Globalización, flexibilización del trabajo, desempleo: todas las características del neoliberalismo son aspectos de la destrucción de un mundo que tenía o parecía tener ciertas reglas del juego, ciertos parámetros seguros, ciertas identidades. Por cierto, estas reglas del juego no eran el paraíso: eran aspectos de un modo de dominación, eran los parámetros de la opresión capitalista de la posguerra, los parámetros y luego los límites de la acumulación del

capital. Eran expresiones de cierto equilibrio social, un equilibrio entre la subordinación y la insubordinación, un equilibrio que definía a ambas.

-Estaríamos entonces frente al fin de una época marcada por el partido político como actor central del cambio y al mismo tiempo puede visualizarse el surgimiento de múltiples demandas. ¿A qué se refiere concretamente cuando habla de antipoder? ¿Es el no-poder? ¿Un contrapoder?

-A mí no me gusta mucho el término de contrapoder, porque implica una imagen de espejo. No se usa así en Contrapoder. Una introducción, el libro que vine a presentar a Buenos Aires, y tampoco es un no-poder, sino que prefiero hablar del antipoder para subrayar que nuestro poder no se puede comparar con el poder del capital que es de otro tipo: el poder del capital se basa en la fragmentación de la sociedad, en la separación entre lo hecho y los hacedores, entre el producto del trabajo y los trabajadores, y nuestro poder, o nuestro antipoder va o debe ir en el sentido opuesto. No debe ser un movimiento de separación, sino más bien dereunificación, no en un sentido monolítico, sino más bien una reunificación en términos de anudar el hacer social y las relaciones sociales.

-Usted escribió un ensayo sobre las "Doce tesis sobre el antipoder" donde establece una gran diferencia entre el "poder hacer" y el "hacer sobre", producto de la división generada y exacerbada por el capitalismo. ¿Puede explicar esta diferencia?

-El concepto de poder es antagónico y contradictorio, ya que lo usamos en dos sentidos diferenciados. Por un lado cuando hablamos de nuestro poder como algo bueno y decimos que sí podemos hacer algo, y nos damos cuenta de nuestro poder y de nuestra capacidad de hacer las cosas. Este poder se puede llamar "potencia", pero yo prefiero denominarlo un poderhacer: siempre es un poder social, dependemos de los otros, nunca es un poder independiente de los demás. Este poder es parte de un flujo social del hacer. Y lo que sucede en el capitalismo es que se rompe este flujo social del hacer, se rompe la socialidad del hacer, y el poder-hacer se transforma en su contrario: la incapacidad de hacer las cosas o en la necesidad de hacer lo que otros mandan. Lo que quiero decir es que el capitalismo separa lo hecho del hacer, o se apropia del producto del hacer, y con esta separación lo que se logra es que se separen también los medios de hacer del hacer. Porque, si nuestro hacer depende de los medios del hacer de otros, entonces lo hecho de los otros son los medios de nuestro hacer (o medios de producción en términos prácticos). Esta separación le da al capitalismo el poder de decirnos a nosotros cuál es nuestro deber: hay una negación o mejor dicho una condena del poder-hacer. Y cuando hablamos de poder nos estamos parando en este segundo nivel que es el que establece el capitalismo y que denomino como poder-sobre. Hay una transformación del poder-hacer en poder-sobre que niega y rompe la socialidad del hacer, pero al mismo tiempo depende totalmente del hacer social. Nuestro poder-hacer sigue existiendo, pero existe en la forma de su negación que niega su socialidad y que niega también que sea nuestro poder-hacer. El capitalismo niega de este modo la potencia del poderhacer.

-¿Y usted cree que la afirmación de este poder-hacer es la reivindicación que llevan adelante los zapatistas en México, los piqueteros aquí o el movimiento antiglobalización en todo el mundo?

-Justamente estas luchas no buscan crear algo nuevo sino que intentan afirmar algo que ya existe: niegan lo ya negado por el capitalismo en su transformación del poder-hacer en poder-sobre. Hay que tratar de entender la fuerza del poder-hacer negado que existe en la sociedad actual. La revolución es justamente un movimiento de este poder-hacer-social negado. Y por eso es importante tratar de entender el surgimiento de este tipo de movimientos que se han dado en el último tiempo en términos de la lucha de estas relaciones negadas. Son luchas por el poder-hacer.

-Lo que usted está diciendo parece una inversión de los enunciados de la Escuela de Frankfurt, sobre todo los de Adorno: ya no sería un hacer que termina construyendo una jaula de hierro, sino que más bien se trataría de una afirmación liberadora. ¿Es esto así?

-Sí, puede ser entendido como una inversión de la Escuela de Frankfurt, pero no como su rechazo, porque me parece que sus ideas son muy importantes, sobre todo la de Adorno y la dialéctica negativa (como él dice: no hay necesariamente un final feliz). Sin embargo, no comparto ese pesimismo frankfurtiano que lleva al estado de parálisis. Me parece que la negación es fundamental, pero que en la práctica debe significar formas alternativas de relacionarse y del hacer, y eso es fundamental. No sólo como formas fuera del capitalismo, sino como formas del hacer en contra de aquel mismo. Uno de los éxitos del neoliberalismo ha sido destruir (además de las viejas identidades) las viejas formas de lucha. Pero no hay formade destruir la resistencia que es parte inherente de una sociedad opresiva. No hay

opresión sin resistencia. La resistencia toma nuevas formas, muchas veces formas atomizadas, muchas veces formas que no reconocemos como formas de resistencia, pero siempre está presente. Son las luchas de las mujeres, las luchas del movimiento de los homosexuales, las luchas para redefinir la relación entre las personas y la naturaleza, las luchas por los derechos de las personas en todas las etapas de su vida, los niños, los adolescentes, los ancianos, luchas simplemente para sobrevivir. Tomadas individualmente, estas luchas son parciales; vistas en su conjunto, son contradictorias y discordantes pero al mismo tiempo apuntan hacia la construcción de la dignidad humana. Lo que todas estas luchas tienen en común es lo que los zapatistas lograron formular en su forma más simple a través del grito: ¡Ya basta!

La creatividad social y los burócratas del orden

Raúl Zibechi

[Servicio Informativo "alai-amlatina"](#)

Luego de tres meses de intensa actividad, la presencia pública del movimiento de las asambleas comienza a decaer, aunque siguen surgiendo nuevas, en medio de ataques represivos e intentos de cooptación de la izquierda.

Una encuesta difundida hace dos semanas revela la profundidad de la movilización social desde el 20 de diciembre: en el Gran Buenos Aires y la Capital Federal un 33 por ciento de los consultados, uno cada tres, dicen haber participado en cacerolazos o asambleas barriales. La encuesta, realizada por Hugo Haime y Asociados y publicada en Página 12 el domingo 10, permite inferir que dos millones y medio de personas participaron de alguna manera en las protestas. El volumen da una idea apenas aproximada de la extensión del movimiento en curso que, aunque se encuentra ahora en la pendiente, ha modificado radicalmente el escenario social argentino.

Un movimiento de semejante amplitud, que supera ampliamente a la militancia tradicional, puede ser cualquier cosa menos ordenado y previsible. Quizá por eso, el presidente Eduardo Duhalde advirtió que "con asambleas no se puede gobernar". La admonición de Duhalde era una advertencia no velada, toda vez que desde hace casi un mes los asambleístas vienen soportando continuas y crecientes agresiones.

La escalada contra las asambleas comenzó en Merlo, localidad del Gran Buenos Aires, cuando el 22 de febrero una patota del Partido Justicialista atacó a los caceroleros reunidos en asamblea. El aparato del justicialismo aún mantiene parte de su potencia en el conurbano, donde el partido conserva gran cantidad de municipios, lo que le permite lubricar el sistema clientelar con múltiples "favores". Los llamados "punteros" -pequeños y medianos caudillos barriales que responden a intendentes o "jefes" zonales- suplen así al viejo y destartado aparato sindical en las tareas de control social.

Sin embargo, en capital el control de la población siempre se ejerció de forma, digamos, menos ostensible pero no menos efectiva, a través de la participación de la población en una parte de los beneficios del sistema -a través del consumismo- lo que le aseguraba al sistema su neutralidad o su adhesión activa. Pero el creciente empobrecimiento de la sociedad dinamitó esta variable, en tanto en la Capital Federal no existe la tradición clientelar de la provincia. De modo que las asambleas proliferan sin control. Salvo el que desde hace dos semanas ejercen otro tipo de patotas, al parecer policiales, dedicadas a amedrentar a los vecinos autoconvocados, mediante disparos, agresiones o simplemente filmando sus reuniones.

Multiplicidades

"La asamblea tiene que conformarse como un factor activo en la organización social de nuestras vidas", puede leerse en el boletín de la Asamblea Popular de Boedo y San Cristóbal. Se trata de una nueva cultura política que emerge entre los intersticios de la vida cotidiana asentada, más que en ideologías definidas, en el sano sentido común. Así, las asambleas combinan las demandas globales (no pago de la deuda externa, reclamo de trabajo, anulación de las leyes de impunidad, etc.) con la organización de compras comunitarias, apertura de comedores para desocupados o cuestiones relacionadas con la educación y la salud en cada uno de sus barrios.

Pero lo que más sorprende, y que sólo puede conocerse participando en alguna asamblea, es la forma como funcionan. Salvo en los días de lluvia, todas se realizan al aire libre, en plazas, parques o esquinas. Al comenzar cada asamblea, se eligen dos personas para coordinarla, y a veces otra dos para tomar nota, que pueden ser revocadas durante la misma asamblea, como sucedió en algunos casos, si no respetan las normas democráticas de funcionamiento. Los coordinadores sólo coordinan. O sea, se limitan a que cada orador no sobrepase su tiempo, en general de tres minutos, toman nota de las propuestas y llaman la atención sobre los límites horarios. Porque las asambleas, en general, cuando definen su temario ponen una hora de finalización, para evitar que los debates se alarguen y se queden sólo los militantes de los partidos.

Muchas asambleas, y es que no existe un patrón común, dividen las tres horas de reunión, por ejemplo, en tres temas: problemas del barrio, cuestiones generales del país y propuestas concretas que son votadas al final. Se procura que los coordinadores, así como los dos o tres delegados que se nombran en cada reunión para participar en la asamblea interbarrial de los domingos, sean rotativos. La idea central, "Que se vayan todos", demostró en estos tres meses ser más que una consigna: es una forma de entender las relaciones humanas para el manejo de la esfera pública, eso que habitualmente, y a falta de un vocablo mejor, llamamos política.

Como al principio la mayoría de los vecinos no se conocía, al comenzar a hablar cada uno se presenta; nombre, actividad y otros datos. Esta costumbre aún persiste en algunas asambleas. Y es que los contactos cara a cara son el fuerte de los vecinos autoconvocados. Parten del orgullo de haber sido ellos, sin ninguna mediación de ningún tipo, los que protagonizaron las jornadas del 19 y 20 de diciembre, los que derribaron dos gobiernos y mantienen en jaque a los poderes.

Con el paso de las semanas, y el aquietamiento del desbordado activismo inicial, las asambleas van definiendo tareas. Todas tienen comisiones, algunas superan la decena, que se reúnen semanalmente. Las hay que prefieren trabajar con el hospital del barrio, en tareas de apoyo o de debate con el cuerpo médico, hasta las que se meten en los vericuetos del debate político-ideológico más tradicional. Pero los vecinos han ganado en autoestima, y ahora se pueden ver comisiones que discuten de igual a igual con el director de un hospital, sobre la forma de organizar la atención o cuestionan la falta de fondos o la distribución de los mismos.

No pocas asambleas realizaron festivales para recaudar fondos para guarderías, escuelas o grupos de jubilados. Varias de la zona del Once se destacaron en el apoyo a las obreras de la fábrica Brukman, autogestionada desde que en diciembre la abandonaron sus patrones. La semana pasada,

ante el inminente desalojo policial, cientos de vecinos acudieron en apoyo de las obreras hasta obligar a la gendarmería a desistir del desalojo.

Interferencias

Las asambleas han demostrado ser espacios de encuentro horizontales, en los que la participación de mujeres y jóvenes es muy elevada, quizá por esos mismos rasgos y las elevadas dosis de libertad existentes. A menudo surgen problemas con los partidos. Al principio se les pidió que acudieran sin banderas ni pancartas. Pero como los megáfonos y los parlantes que se utilizan suelen proveerlos los grupos de izquierda, consideran que eso les otorga algún "derecho" para imponer sus propuestas o hablar más tiempo del convenido. En no pocos casos, sugieron conflictos. En otros, los vecinos votaron con los pies abandonando las asambleas, que en esos casos quedan como espacios de disputas interpartidarias.

Un capítulo aparte merecen las reuniones de los domignos por la tarde en el Parque Centenario. Allí confluyen las más de cien asambleas de la capital. El domingo 17 se realizó la primera reunión interbarrial nacional, con delegados del conurbano y de provincias. En ese espacio, y desde hace ya dos meses, se vienen reuniendo delegados de las asambleas porteñas y vecinos. Llama la atención la reacción de la multitud, habitualmente de entre tres y cuatro mil personas, cuando surge una propuesta o una actitud que se considera problemática o negativa o que simplemente violenta el espíritu de los asistentes.

Algo así sucedió hace un par de semanas, a propósito de si había que votar o no una determinada propuesta, que la asamblea consideraba no era el momento para hacerlo. El orador siguió hablando, pero la asamblea se fragmentó en decenas de corrillos y círculos en los que la gente debatía qué hacer. Al cabo de algunos minutos de murmullos y elevado caos, y mientras el orador seguía impertérrito micrófono en mano, varios vecinos se pusieron de pie y comenzaron a gritar. Voceaban las decisiones de sus pequeños e informales grupos, hasta que el orador pareció comprender que no contaba con la aprobación de la mayoría. La calma demoró varios minutos más en inslatarse, pero al cabo de un tiempo la gran asamblea ya volvía a funcionar de la manera habitual.

Ciertamente, la lógica de las asambleas es difícil de comprender para muchos, en particular para los militantes y los analistas universitarios. Exaspera el desorden, a veces la lentitud. Las asambleas llevan sus propuestas a la interbarrial de los domingos y allí se aprueban líneas de acción que deben volver a las asambleas para su aprobación definitiva. Sin embargo, no habría motivo para sorprenderse: las comunidades indígenas, en Chiapas o en Ecuador, o en cualquier otro sitio, funcionan de la misma forma.

Los problemas con los partidos (todos pequeños partidos de la izquierda como el Partido Obrero, el MST, Izquierda Unida y otros) llevaron en una ocasión a un asambleísta a presentar una moción que reflejaba dónde creen muchos que debe residir la soberanía: "Presento como moción que los militantes de los partidos no vengán a las asambleas a bajar la línea de sus partidos sino que lleven las posiciones de las asambleas a sus partidos"

La militancia de izquierda está preocupada por darle coherencia y organización a ese vasto y desordenado magma. Y, en medio de la movilización, procura captar adeptos para engrosar sus escuálidas filas. Sin embargo, pese al caos organizativo y al desorden, el movimiento ha demostrado un activismo enorme

y una creatividad muy superiores a los que la izquierda ha mostrado en décadas. Y no sólo en Argentina.

Manejarse en la incertidumbre

Luis Mattini, último secretario general del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) antes de su disolución en 1980, se ha convertido en uno de los más filosos críticos de las prácticas de la izquierda tradicional. Sostiene que la sociedad está ante una crisis de la representación, pero no de tales o cuales representantes, sino del concepto mismo. "La hipótesis a discutir es que hay algo inherente a la representatividad que produce seducción, incompetencia o corrupción de los representados. Ese algo es el agotamiento de la racionalidad de la sociedad industrial", sostiene en un reciente artículo.

Se pregunta si han existido sociedades sin representación, pero antes de responder negativamente, cree que habría que estudiar "esa parte de la historia de la que no se ocupó Hegel, la parte no 'civilizada' o los llamados 'pueblos sin historia'". Asegura que la militancia de izquierda es casi impermeable a la nueva racionalidad que surge de los nuevos sujetos sociales y, por ello, se convierte en un verdadero obstáculo. Por ejemplo: creen que organizar es poner orden, con lo que matan la frescura, la creatividad y hasta la participación de los vecinos.

Posiciones como las de Mattini van abriéndose paso, muy lentamente y a fuerza de golpes de realidad, entre sectores juveniles activos. Quizá porque cada vez son más los que perciben la hondura de la crisis, una crisis civilizatoria que pone en jaque los paradigmas tradicionales, que siempre hicieron hincapié en el control y la dominación. Los científicos lo comprendieron mucho antes que los políticos. El premio Nóbel de Química, Ilya Prigogine, señala que "la ciencia clásica privilegiaba el orden y la estabilidad", en tanto tenía dificultades para analizar las fluctuaciones y la inestabilidad. Algo similar le sucede a las ciencias sociales y a la izquierda, que tienden a expulsar fuera de su campo analítico todo lo relacionado con el caos, el desorden y la incertidumbre. O, peor aún, pretenden "ordenarlo"

Las asambleas y los verdaderos movimientos sociales son como las máquinas vivas, que describe Edgar Morin, que "toleran una cantidad considerable de desorden". En tanto, la máquina artificial (pongamos por caso los partidos o los grupos jerarquizados) "apenas aparece un elemento de desorden, se detiene". Podrá objetarse que el mundo social y la naturaleza no admiten este tipo de comparaciones. Sin embargo, muchos científicos, como el propio Prigogine, sostienen lo contrario. Y defienden la idea de que "el modo apropiado de acercarse a la naturaleza, para aprender de su complejidad y belleza, no es a través de la dominación y el control, sino mediante el respeto, la cooperación y el diálogo". Una actitud que podría ayudar a los militantes de los partidos a no repetir los peores errores del pasado.

La creatividad social y los burócratas del orden

Raúl Zibechi - 23 de marzo

[Servicio Informativo "alai-amlatina"](#)

Luego de tres meses de intensa actividad, la presencia pública del movimiento de las asambleas comienza a decaer, aunque siguen surgiendo nuevas, en medio de ataques represivos e intentos de cooptación de la izquierda.

Una encuesta difundida hace dos semanas revela la profundidad de la movilización social desde el 20 de diciembre: en el Gran Buenos Aires y la Capital Federal un 33 por ciento de los consultados, uno cada tres, dicen haber participado en cacerolazos o asambleas barriales. La encuesta, realizada por Hugo Haime y Asociados y publicada en Página 12 el domingo 10, permite inferir que dos millones y medio de personas participaron de alguna manera en las protestas. El volumen da una idea apenas aproximada de la extensión del movimiento en curso que, aunque se encuentra ahora en la pendiente, ha modificado radicalmente el escenario social argentino.

Un movimiento de semejante amplitud, que supera ampliamente a la militancia tradicional, puede ser cualquier cosa menos ordenado y previsible. Quizá por eso, el presidente Eduardo Duhalde advirtió que "con asambleas no se puede gobernar". La admonición de Duhalde era una advertencia no velada, toda vez que desde hace casi un mes los asambleístas vienen soportando continuas y crecientes agresiones.

La escalada contra las asambleas comenzó en Merlo, localidad del Gran Buenos Aires, cuando el 22 de febrero una patota del Partido Justicialista atacó a los caceroleros reunidos en asamblea. El aparato del justicialismo aún mantiene parte de su potencia en el conurbano, donde el partido conserva gran cantidad de municipios, lo que le permite lubricar el sistema clientelar con múltiples "favores". Los llamados "punteros" -pequeños y medianos caudillos barriales que responden a intendentes o "jefes" zonales- suplen así al viejo y destartado aparato sindical en las tareas de control social.

Sin embargo, en capital el control de la población siempre se ejerció de forma, digamos, menos ostensible pero no menos efectiva, a través de la participación de la población en una parte de los beneficios del sistema -a través del consumismo- lo que le aseguraba al sistema su neutralidad o su adhesión activa. Pero el creciente empobrecimiento de la sociedad dinamitó esta variable, en tanto en la Capital Federal no existe la tradición clientelar de la provincia. De modo que las asambleas proliferan sin control. Salvo el que desde hace dos semanas ejercen otro tipo de patotas, al parecer policiales, dedicadas a amedrentar a los vecinos autoconvocados, mediante disparos, agresiones o simplemente filmando sus reuniones.

Multiplicidades

"La asamblea tiene que conformarse como un factor activo en la organización social de nuestras vidas", puede leerse en el boletín de la Asamblea Popular de Boedo y San Cristóbal. Se trata de una nueva cultura política que emerge entre los intersticios de la vida cotidiana asentada, más que en ideologías definidas, en el sano sentido común. Así, las asambleas combinan las demandas globales (no pago de la deuda externa, reclamo de trabajo, anulación de las leyes de impunidad, etc.) con la organización de compras comunitarias, apertura de comedores para desocupados o cuestiones relacionadas con la educación y la salud en cada uno de sus barrios.

Pero lo que más sorprende, y que sólo puede conocerse participando en alguna asamblea, es la forma como funcionan. Salvo en los días de lluvia, todas se realizan al aire libre, en plazas, parques o esquinas. Al comenzar cada asamblea, se eligen dos personas para coordinarla, y a veces otra dos para tomar nota, que pueden ser revocadas durante la misma asamblea, como sucedió en algunos casos, si no respetan las normas democráticas de funcionamiento. Los coordinadores sólo coordinan. O sea, se limitan a que

cada orador no sobrepase su tiempo, en general de tres minutos, toman nota de las propuestas y llaman la atención sobre los límites horarios. Porque las asambleas, en general, cuando definen su temario ponen una hora de finalización, para evitar que los debates se alarguen y se queden sólo los militantes de los partidos.

Muchas asambleas, y es que no existe un patrón común, dividen las tres horas de reunión, por ejemplo, en tres temas: problemas del barrio, cuestiones generales del país y propuestas concretas que son votadas al final. Se procura que los coordinadores, así como los dos o tres delegados que se nombran en cada reunión para participar en la asamblea interbarrial de los domingos, sean rotativos. La idea central, "Que se vayan todos", demostró en estos tres meses ser más que una consigna: es una forma de entender las relaciones humanas para el manejo de la esfera pública, eso que habitualmente, y a falta de un vocablo mejor, llamamos política.

Como al principio la mayoría de los vecinos no se conocía, al comenzar a hablar cada uno se presenta; nombre, actividad y otros datos. Esta costumbre aún persiste en algunas asambleas. Y es que los contactos cara a cara son el fuerte de los vecinos autoconvocados. Parten del orgullo de haber sido ellos, sin ninguna mediación de ningún tipo, los que protagonizaron las jornadas del 19 y 20 de diciembre, los que derribaron dos gobiernos y mantienen en jaque a los poderes.

Con el paso de las semanas, y el aquietamiento del desbordado activismo inicial, las asambleas van definiendo tareas. Todas tienen comisiones, algunas superan la decena, que se reúnen semanalmente. Las hay que prefieren trabajar con el hospital del barrio, en tareas de apoyo o de debate con el cuerpo médico, hasta las que se meten en los vericuetos del debate político-ideológico más tradicional. Pero los vecinos han ganado en autoestima, y ahora se pueden ver comisiones que discuten de igual a igual con el director de un hospital, sobre la forma de organizar la atención o cuestionan la falta de fondos o la distribución de los mismos.

No pocas asambleas realizaron festivales para recaudar fondos para guarderías, escuelas o grupos de jubilados. Varias de la zona del Once se destacaron en el apoyo a las obreras de la fábrica Brukman, autogestionada desde que en diciembre la abonaron sus patrones. La semana pasada, ante el inminente desalojo policial, cientos de vecinos acudieron en apoyo de las obreras hasta obligar a la gendarmería a desistir del desalojo.

Interferencias

Las asambleas han demostrado ser espacios de encuentro horizontales, en los que la participación de mujeres y jóvenes es muy elevada, quizá por esos mismos rasgos y las elevadas dosis de libertad existentes. A menudo surgen problemas con los partidos. Al principio se les pidió que acudieran sin banderas ni pancartas. Pero como los megáfonos y los parlantes que se utilizan suelen proveerlos los grupos de izquierda, consideran que eso les otorga algún "derecho" para imponer sus propuestas o hablar más tiempo del convenido. En no pocos casos, sugieron conflictos. En otros, los vecinos votaron con los pies abandonando las asambleas, que en esos casos quedan como espacios de disputas interpartidarias.

Un capítulo aparte merecen las reuniones de los domingos por la tarde en el Parque Centenario. Allí confluyen las más de cien asambleas de la capital. El domingo 17 se realizó la primera reunión interbarrial nacional, con delegados

del conurbano y de provincias. En ese espacio, y desde hace ya dos meses, se vienen reuniendo delegados de las asambleas porteñas y vecinos. Llama la atención la reacción de la multitud, habitualmente de entre tres y cuatro mil personas, cuando surge una propuesta o una actitud que se considera problemática o negativa o que simplemente violenta el espíritu de los asistentes.

Algo así sucedió hace un par de semanas, a propósito de si había que votar o no una determinada propuesta, que la asamblea consideraba no era el momento para hacerlo. El orador siguió hablando, pero la asamblea se fragmentó en decenas de corrillos y círculos en los que la gente debatía qué hacer. Al cabo de algunos minutos de murmullos y elevado caos, y mientras el orador seguía impertérrito micrófono en mano, varios vecinos se pusieron de pie y comenzaron a gritar. Voceaban las decisiones de sus pequeños e informales grupos, hasta que el orador pareció comprender que no contaba con la aprobación de la mayoría. La calma demoró varios minutos más en instalarse, pero al cabo de un tiempo la gran asamblea ya volvía a funcionar de la manera habitual.

Ciertamente, la lógica de las asambleas es difícil de comprender para muchos, en particular para los militantes y los analistas universitarios. Exaspera el desorden, a veces la lentitud. Las asambleas llevan sus propuestas a la interbarrial de los domingos y allí se aprueban líneas de acción que deben volver a las asambleas para su aprobación definitiva. Sin embargo, no habría motivo para sorprenderse: las comunidades indígenas, en Chiapas o en Ecuador, o en cualquier otro sitio, funcionan de la misma forma.

Los problemas con los partidos (todos pequeños partidos de la izquierda como el Partido Obrero, el MST, Izquierda Unida y otros) llevaron en una ocasión a un asambleísta a presentar una moción que reflejaba dónde creen muchos que debe residir la soberanía: "Presento como moción que los militantes de los partidos no vengán a las asambleas a bajar la línea de sus partidos sino que lleven las posiciones de las asambleas a sus partidos"

La militancia de izquierda está preocupada por darle coherencia y organización a ese vasto y desordenado magma. Y, en medio de la movilización, procura captar adeptos para engrosar sus escuálidas filas. Sin embargo, pese al caos organizativo y al desorden, el movimiento ha demostrado un activismo enorme y una creatividad muy superiores a los que la izquierda ha mostrado en décadas. Y no sólo en Argentina.

Manejarse en la incertidumbre

Luis Mattini, último secretario general del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) antes de su disolución en 1980, se ha convertido en uno de los más filosos críticos de las prácticas de la izquierda tradicional. Sostiene que la sociedad está ante una crisis de la representación, pero no de tales o cuales representantes, sino del concepto mismo. "La hipótesis a discutir es que hay algo inherente a la representatividad que produce seducción, incompetencia o corrupción de los representados. Ese algo es el agotamiento de la racionalidad de la sociedad industrial", sostiene en un reciente artículo.

Se pregunta si han existido sociedades sin representación, pero antes de responder negativamente, cree que habría que estudiar "esa parte de la historia de la que no se ocupó Hegel, la parte no 'civilizada' o los llamados 'pueblos sin historia'". Asegura que la militancia de izquierda es casi impermeable a la nueva racionalidad que surge de los nuevos sujetos sociales y, por ello, se

convierte en un verdadero obstáculo. Por ejemplo: creen que organizar es poner orden, con lo que matan la frescura, la creatividad y hasta la participación de los vecinos.

Posiciones como las de Mattini van abriéndose paso, muy lentamente y a fuerza de golpes de realidad, entre sectores juveniles activos. Quizá porque cada vez son más los que perciben la hondura de la crisis, una crisis civilizatoria que pone en jaque los paradigmas tradicionales, que siempre hicieron hincapié en el control y la dominación. Los científicos lo comprendieron mucho antes que los políticos. El premio Nóbel de Química, Ilya Prigogine, señala que "la ciencia clásica privilegiaba el orden y la estabilidad", en tanto tenía dificultades para analizar las fluctuaciones y la inestabilidad. Algo similar le sucede a las ciencias sociales y a la izquierda, que tienden a expulsar fuera de su campo analítico todo lo relacionado con el caos, el desorden y la incertidumbre. O, peor aún, pretenden "ordenarlo"

Las asambleas y los verdaderos movimientos sociales son como las máquinas vivas, que describe Edgar Morin, que "toleran una cantidad considerable de desorden". En tanto, la máquina artificial (pongamos por caso los partidos o los grupos jerarquizados) "apenas aparece un elemento de desorden, se detiene". Podrá objetarse que el mundo social y la naturaleza no admiten este tipo de comparaciones. Sin embargo, muchos científicos, como el propio Prigogine, sostienen lo contrario. Y defienden la idea de que "el modo apropiado de acercarse a la naturaleza, para aprender de su complejidad y belleza, no es a través de la dominación y el control, sino mediante el respeto, la cooperación y el diálogo". Una actitud que podría ayudar a los militantes de los partidos a no repetir los peores errores del pasado.

Gentileza de Bibiana Apolonia / RETRUCO

La Revolución de las Asambleas

Por Ruben Dri.

El 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjo en nuestro país la tercera irrupción popular en las calles de nuestra historia reciente, dando, de esa manera, el inicio de una nueva etapa histórica. Es el inicio de una profunda revolución que plantea cambios en todos los ordenes de la vida social, política y cultural.

El 17 de Octubre de 1945

La primera de estas irrupciones se produjo el 17 de octubre de 1945. En este caso, el protagonismo indiscutible perteneció a la clase obrera, especialmente a la que se había formado recientemente con los hijos de los inmigrados y los venidos del interior del país para ingresar en las fábricas de una burguesía en formación. Eran los célebres "cabecitas negras" término despectivo dado por la oligarquía que sería finalmente adoptado por los destinatarios y resignificado como título de honor.

Se produce, de esa manera, una actitud que se repetirá indefinidamente en la historia de los sectores populares. Basta fijarse en una de las mayores manifestaciones populares, esto es, el fútbol. Las hinchadas de los clubes designan a las hinchadas adversarias con epítetos denigrantes como "gallinas", "bosteros", "cuervos", "canallas", "leprosos" que sus destinatarios asumen resignificándolos como títulos de honor.

Toda la historia posterior esta signada por los cambios que salen a la luz del día el 17 de octubre de 1945. Los cambios se venían produciendo desde mucho tiempo antes. A fines del siglo XIX se forma el Estado moderno y se produce el inicio de un proceso de industrialización y

la consiguiente formación de una clase obrera con componentes que venían de la inmigración europea y de las poblaciones criollas del interior.

El acontecimiento del 17 de octubre fue lo que gráficamente expresara Scalabrini Ortiz, " el subsuelo de la patria sublevada". El subsuelo, los cimientos, los obreros, los habitantes de las villas, de la periferia, los abandonados que irrumpían en el espacio público de una manera tumultuosa como son todas las irrupciones populares. No hay convocatoria posible que la explique. La irrupción popular es fundadora cuando es "espontánea", cuando surge de sí misma, cuando no obedece a ninguna estructura.

Puede haber habido convocatorias y participación de estructuras, pero estas no explican la irrupción que, por otra parte, desborda todo tipo de convocatorias y pretendida organización. Las masas que confluyeron en Plaza de Mayo el 17 de octubre, lo hicieron impulsadas por todas las reivindicaciones por las que habían luchado durante años. Era la memoria popular que surgía desde lo inconciente y se transformaba en un torrente de vida que todo lo arrastra.

Perón preso por los mismos poderes que los habían sojuzgado durante tanto tiempo y contra los que habían luchado desde la Patagonia de los Menéndez BETHY hasta el Chaco de la Forestal, pasando por los talleres de Vassena. Los muertos en las matanzas de la Patagonia, de la Forestal, de la Semana Trágica, revivían, resucitaban en los "cabecitas negras" que desde la periferia invadían el centro de Buenos Aires.

El pueblo, en su sentido más genuino, formado por trabajadores, villeros, maestros, pequeños comerciantes, intelectuales populares irrumpía en el espacio público, transformándose de esa manera en el sujeto de la historia. Desde ahora en adelante nada se podría hacer sin ellos porque estaban decididos a protagonizar

Fue un momento fundacional. Nació la "Nueva Argentina" en la que los únicos privilegiados eran los niños, en la que había plena ocupación, en la que los obreros gozaban de buenos salarios, de vacaciones, de "aguinaldo". No era una revolución socialista. Era el Estado de bienestar, el Estado keynesiano con una marcada impronta vernácula, con rasgos autoritarios. La Nueva Argentina era la gran utopía que abría el espacio para la nación " socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana".

A mediados de la década del 50 mostraba claros indicios de degradación, pero no fue por ello que se produjo el golpe de 1955 y el derrocamiento de Perón. Sino por las virtudes de la etapa iniciada en 1945. Fue la reacción de los sectores concentrados de la riqueza aliados al imperio quienes la gestaron. Desde ese momento comienza, por parte del pueblo, la mítica " resistencia peronista"

El 29 de Mayo de 1969

A mediados de la década del 60 el Estado keynesiano que se había instalado en la mayoría de los estados capitalistas después de la Segunda Guerra Mundial comienza a colapsar. Comenzaba una profunda crisis en el capitalismo transnacional, ocasionado, como siempre por el límite fundamental del capitalismo " la baja tasa de ganancias" en proporciones gigantescas, lo que hacía necesaria una reconversión que sólo era posible sacrificando a sus miembros más débiles.

Comienza la era de los denominados "ajustes" que no son otra cosa que cercenamiento de la mayoría de los derechos adquiridos por los sectores populares en la época keynesiana. Se produce entonces el golpe de Estado de Onganía para comenzar la etapa ajustista. Pero la tarea no fue fácil. En el seno de los sectores populares se había producido un notable crecimiento de conciencia y organización.

De esa manera a la ofensiva del capital por medio de la fuerza militar, se le respondió con la lucha, al principio dispersa hasta explotar el 29 de mayo de 1969 con el Cordobazo. Nuevamente fue la irrupción popular desbordando todas las organizaciones. Esta vez la cabeza de la irrupción estaba ocupada por los sectores más combativos y esclarecidos de la clase

obrera, a la que se unieron sectores estudiantiles y, en general, medios. La ciudad de Córdoba quedó en poder del pueblo.

Se abrió de esa manera, una nueva etapa histórica signada por las luchas y el avance de los sectores populares, a los que se incorporó toda una nueva generación que recogía la herencia de las luchas anteriores y se movilizaba con la utopía de la "patria socialista". La lucha se profundiza. Surgen organizaciones armadas cuyo accionar tiene como propósito responder a las demandas populares.

El cordobazo signó la suerte de la dictadura militar. Esta no se puede recomponer, a pesar de los intentos de recambio en su mismo seno. El gran capital debe conceder elecciones como una manera de ganar tiempo para la ofensiva final en una batalla que le estaba costando demasiado.

Fue necesario aterrorizar con la temible Triple A y luego implantar directamente

el terrorismo de Estado que aplicó sistemáticamente la desaparición de personas, la censura más estricta de prensa, la vigilancia de todos los establecimientos educativos, el encarcelamiento, la tortura.

La finalidad fundamental del Terrorismo de Estado fue la desorganización y destrucción del sujeto popular, de las organizaciones populares, especialmente de las organizaciones obreras, de manera que se pudiese finalmente imponer la reconversión del capital que implicaba la destrucción del keynesianismo y la implementación del neoliberalismo según las enseñanzas que venían de Chicago.

Martínez de Hoz fue el encargado de la tarea. Treinta mil desaparecidos, el territorio sembrado de campos de concentración, miles de encarcelados, torturados, de exilados, el terror sembrado a todo vapor fue necesario para su implementación. Cuando cae la dictadura militar fundamentalmente por el peso de sus propias contradicciones, de su propia degradación, el pueblo que emergía se encontraba desorganizado, sin conciencia clara de lo que había pasado, con grandes esperanzas en una democracia que no era mucho más que una nueva etapa de avance del plan neoliberal en marcha.

Sin embargo todavía había capacidad de resistencia en el pueblo. Eran todavía nuevas medidas de desestructuración. Aunque débil, el juicio a los comandantes de la dictadura había dado esperanza de una nueva etapa de recuperación. Pero no fue así. Vinieron las leyes de impunidad, las del Punto Final y Obediencia Debida. No era suficiente. Viene entonces la hiperinflación, con lo que el pueblo quedó a la deriva, sin posibilidades de resistencia.

Fue entonces que apareció "el m esías" riojano con un corte de incondicionales, desparramando promesas que nunca pensó cumplir. Fue una década, la del 90 en la que se selló la impunidad con los indultos, se profundizó la corrupción sin límites, se entregó a precio vil toda la riqueza nacional, se destruyó la producción, se humilló al país con una política nacional e internacional sin ningún atisbo de dignidad.

Las denominadas "privatizaciones" que fueron en realidad entregas a monopolios nacionales o extranjeros, lo mismo que provocó despidos masivos de trabajadores, pérdidas de fuentes de trabajo como nunca se había visto en el país. Por primera vez la desocupación pasó a ser un problema social.

A todo esto, una denominada "clase dirigente" o "clase política" enriquecida de repente, comienza a mostrar sus lujosas casas, sus fiestas interminables, mientras los sectores populares comienzan a transitar un largo y difícil camino de reconstrucción. Surgen los "movimientos sociales" que luchan por reivindicaciones acotadas. Se forman redes de movimientos. Aparecen nuevos ámbitos de lucha y organización como la ecología, la mujer, etc., que se agregan a los derechos humanos.

19-20 de diciembre de 2001.

En esa fecha "el subsuelo de la patria" volvió a emerger como siempre lo hace, ganando la calle, manifestándose en forma multitudinaria y ruidosa, con un ruido ensordecedor de cacerolas que desde los barrios se iban expandiendo hasta inundar la Plaza de Mayo.

Decía Hegel que "el espíritu no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo. Pero como en el niño, tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hasta hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior" que se anuncia solo por "síntomas aislados" hasta que los desprendimientos parciales "se ven bruscamente interrumpidos, por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del nuevo mundo". (FE. P12)

Los desprendimientos de la forma anterior, es decir del denominado "modelo" cuya paternidad se disputaban ardorosamente Menem y Cavallo, en otros momentos, se iba produciendo sin pausa en movilizaciones, organizaciones y movimientos de todo tipo, cortes de ruta, piquetes, huelgas, escepticismo generalizado sobre los representantes políticos, sindicales y judiciales. De repente el 19-20 de diciembre aparece el rayo auroral de la "nueva imagen" de las asambleas.

Que había interesados en voltear a De la Rúa, que hubo "comlotes" y cosas parecidas. Todo ello es simplemente anecdótico. El pueblo, sectores populares de desocupados, subocupados, maestras, maestros, clase media de todo tipo desbordaron todo tipo de convocatoria. Ellos no tenían nada que ver con esas oscuras tramas palaciegas en las que corporizan los pequeños y grandes intereses de grupos encaramados en las estructuras políticas.

Nadie puede decirse dueño de esa pueblada potente, desbordante, ruidosa que gritaba su bronca por tantas humillaciones, por tantos atropellos, por tanta impunidad, por tantos crímenes, por tantas mentiras. "Que se vayan todos" atronaba el aire como expresión gráfica del rechazo visceral que nos ha esquilado hasta límites inverosímiles.

Los titulares del poder político que a esa altura carecían de todo poder, no podían soportar tamaña manifestación de condena y lanzaron una de las más feroces represiones de los últimos tiempos. Mientras tanto los caceroleros habían recibido la inestimable ayuda de los piqueteros que se sumaron a la patriada, resistiendo con eficacia a la represión. Fue el primer acto de un movimiento en curso que se dirige a la confluencia de los sectores populares, expresada en la consigna "piquetes y cacerolas, la lucha es una sola".

Las Asambleas

La irrupción del pueblo en las calles no quedó en eso. No fue un hecho masivo pero aislado, sin mayores consecuencias. Todo lo contrario. A partir de ese momento todos los barrios de Buenos Aires, del Gran Buenos Aires y otras ciudades comenzaron a movilizarse, a reunirse, a debatir. Nacen las "asambleas barriales", un hecho inédito en la historia de los movimientos populares.

Así como nadie puede reclamar la paternidad de las movilizaciones del 19-20 de diciembre, tampoco se la puede reivindicar para las asambleas. Nacen estas desde el fondo de las reivindicaciones, broncas y reclamos insatisfechos. Los vecinos, desempleados, amas de casa, maestras, psicólogas, plomero, profesores se "encuentran" en una ciudad donde nadie "se encontraba", donde cada uno era para sí y nadie para todos. Se rompe la atomización, los barrios comienzan a adquirir personalidad propia.

El principio de las asambleas es tumultuoso, las intervenciones son dispares, muchas veces sin conexión entre ellas. Fácilmente se pasa de reivindicaciones barriales, de la exposición de necesidades apremiantes de algunos vecinos, a las arengas encendidas que delatan la intervención de algún militante de grupos de izquierda a los que sorprendió, como a todos, el

fenómeno y vieron luego la posibilidad de intervenir.

Hubo si una primera etapa de tanteos, de marcha sin rumbos definidos, sin saber como hacer. Pero a todas las caracterizó desde un primer momento la radicalidad de los reclamos, el rechazo visceral a la política tradicional, expresada enseguida en el "que se vayan todos, que no quede, ni uno solo", en la horizontalidad en las decisiones, es decir, la democracia directa.

ES un hecho que el movimiento, en lo sustancial, vino de abajo, se gestó de abajo, como esa semilla de mostaza con que Jesús de Nazareth comparaba la revolución del "Reino de Dios" que él anunciaba, como ese fuego que según el Martín Fierro calienta desde abajo. Pero no todo es movimiento, ni todo es base pura. Hay movimientos que pasan como ráfagas y luego se diluyen si no encuentran la manera de asentarse de alguna manera, de darse forma.

El movimiento y sus contradicciones

De esa manera llegamos a algunos problemas, antiguos, pero experimentados con una radicalidad que los hace extraordinariamente novedosos. La exigencia de horizontalidad, de soberanía plena, de autonomía absoluta que entra en la contradicción con la necesidad de organizarse, de estructurarse, de alguna manera; la preservación del espacio reducido de la asamblea que ejerce un micropoder que desconfía de todo macropoder, la separación del espacio de la asamblea que se desarrolla en el seno de la sociedad civil con respecto al espacio político, donde actúan los políticos corruptos y culpables de la entrega del país; la voluntad fuerte de las asambleas de ejercer una soberanía plena y la actuación de las organizaciones de izquierda para las cuales las decisiones de fondo, estratégicas, se toman afuera, en el partido.

Horizontalidad versus organización

La verdadera realidad, es decir todo el ámbito de las relaciones humanas es dialéctico, lo que significa que no deja de moverse en ningún momento. Esto es cierto pese a la afirmación del nuevo pensador estrella que nos llega de Europa, Antonio Negri, de que "la dialéctica es en realidad la forma en que se presenta siempre la ideología burguesa, en todas sus variantes" (AS.p52) La verdad que este descubrimiento de Negri es sensacional.

En efecto, yo tenía la sospecha de que Marx era un pensador burgués "camuflado"

La verdadera realidad, es la de los sujetos, que siempre son sujetos-objetos. Esto es importante, porque parece que la verdad o realidad se ubica del lado de los objetos, separada de los sujetos. No por nada se pide "objetividad" a la verdad. La realidad sujeto-objeto no deja de moverse en ningún momento. En ese sentido tiene plena razón el viejo Heráclito cuando afirma que todo fluye. Pero si eso es así, sin ningún matiz, todo se esfuma y nunca será posible bañarse, no digo ya en el mismo río, ni siquiera en el río, como afirmara uno de sus adherentes.

El movimiento que siempre es movimiento del sujeto, de los sujetos, necesita momentos de pausa, momentos de remanso. No se puede vivir en una investigación permanente que nunca pueda presentar un producto; no se emprende una carrera que no culmine en una meta, no se inicia un noviazgo que no apunte a una construcción común; no se emprende un viaje que no llegue a ninguna parte.

Ello significa que el movimiento dialéctico nunca se detiene, pero reconoce momentos de aceleración y de desaceleración, de allegro vivace y de rallentando, de destrucción de estructuras y construcción de otras, de negación y afirmación, de cuestionamientos y realizaciones. Hegel lo comprendió exactamente, por lo cual el movimiento con el que comienza la Ciencia de la Lógica, esto es la contradicción entre el ser y la nada, tiene su primera concreción en el "ser-ahí" y el "esto" nos encontramos con algo concreto, no con un mero fluir.

Gramsci, muy afecto a las metáforas bélicas, lo expresó como la contradicción-alternancia de guerra de movimiento y guerra de posición, guerra a campo abierto y guerra de trincheras. Un ejército no puede estar constantemente expuesto al ataque enemigo en descubierta, ni puede marchar indefinidamente exponiendo el pecho. Necesita momentos de reposo, momentos de reaprovisionamiento, momentos de reorganización del terreno conquistado.

Las asambleas son sujetos que, como todos los sujetos, consisten en hacerse sujetos, en subjetualizarse. No hay otra manera para ser sujeto que el hacerse tal, porque si otro lo hace, no lo hace como sujeto sino como objeto, lo objetualiza. El subjetualizarse es en fluir que necesita esos momentos de concretización a los que acabo de aludir. Ello significa que necesita una cierta estructuración que sea flexible, que no traicione ni la horizontalidad, ni la dinámica dialéctica de la construcción.

Las asambleas para funcionar como verdaderos sujetos necesitan organizarse, estructurarse. Deben fijarse días de reunión, funciones diversas que deberían cumplir sus miembros. Las funciones o cargos serán siempre elegidos por la asamblea, serán revocables, rotativos, pero no pueden ni existir. Los primeros grupos o comunidades cristianas denominaban a los cargos "diakonías", es decir, servicios, que se ejercían de acuerdo a las "carismas" que poseía cada uno, es decir dones gratuitos en un doble sentido, esto es, concedidos gratuitamente por Dios y que, en consecuencia, debían ser proporcionados gratuitamente a la comunidad.

La horizontalidad exige que todos puedan expresarse, proponer ideas, proyectos, discutir lo que proponen otros, pero alguien o algunos tienen que dar la palabra, ordenar el debate, someter las cuestiones a votación. Los miembros realizan funciones, de acuerdo a sus dotes, sus condiciones, sus inclinaciones, respetando la libertad de cada uno pero de una manera ordenada que permitan acciones que sean realmente eficaces.

El tema de la horizontalidad es el de la democracia directa. Hay una fuerte crítica a la representación, a todo tipo de representación, porque generalmente "los representantes" diputados, senadores, concejales, sindicalistas, se han representado a ellos mismos. La conciencia de las asambleas es rousseauniana, independientemente de que si sus componentes hayan leído o no a Rousseau. La democracia debe ser directa, la asamblea expresa "la voluntad general" como quería el ginebrino.

Ello pertenece a la utopía en su sentido más bello y positivo, en el de constituirse en el motor que impulsa a su máxima realización las relaciones fraternales y cuestiona todo tipo de dominación. Pero, como utopía que es, no puede ser llevada directamente a la práctica. ES por ello que cuando los Estados de Corcega y Polonia le pidieron a Rousseau que les hiciese un programa de reformas de sus estados para la realización del proyecto bosquejado en el "Contrato Social", Rousseau les propuso una serie de instituciones o estructuras que, de hecho, transformaba la utopía en proyectos que siempre implican una cierta relativización de aquella.

La crítica radical a toda representación con la proclamación de cada uno se representa a si mismo lleva a la impotencia. En todas las actividades de la vida necesitamos la representación.

Micropoder versus macropoder; construcción del poder versus toma del poder.

Frente a la complejidad del mundo moderno, especialmente en la etapa denominada, por una parte, posmodernidad y, por otra, globalización o neoliberal conservadora, las propuestas de concentrarse en pequeños grupos en los cuales todos se conocen y reconocen, tiene amplia aceptación.

Decía Max Weber en la segunda década del siglo XX que el dominio de la razón formal condensada en la burocratización de todas las esferas de la vida llevaba a los hombres a tomar una decisión difícil. O se acepta virilmente el presente burocrático y desencantado o se recluye en alguna de esas iglesias o sectas en las que puede dar rienda suelta a sus sentimientos. Afrontar el mundo con desencanto, entonces o huir de él a los pequeños grupos salvadores. Algo semejante propuso desde otros ángulos. Michel Maffesoli habla del " tiempo

de las tribus"

Se trata de " la multiplicación de pequeños grupos de redes existenciales" , una especie de tribalism o que descansa a la vez en el espíritu de religión (re-figure) y en el "localismo", grupos en los cuales estaría la *potencia* (Negri dixit) contra el poder.

Pero es imposible referirse al micropoder sin referirse a Michael Foucault, el autor de la microfísica del poder. Ha despertado una nueva conciencia sobre el poder como flujo que atraviesa todas nuestras relaciones, de manera que todos ejercemos y sufrimos el poder. Las sociedades no son mas que un entrecruzamiento de poderes, de "redes" de poder, de las cuales es imposible safar: Ni se hable del macropoderes, solo micropoderes, redes de poder.

Esta contradicción se entrecruza con la que contrapone la construcción del poder con la toma del poder. La construcción del poder, denominada también contrapoder, tiene parentesco y algo mas con el micropoder, y la toma del poder, con el macropoder. Se ha expandido la concepción no solo de que el poder no se toma, porque no es una cosa, un objeto, lo cual es correcto desde todo punto de vista, sino que directamente no hay que buscar, no hay que querer el poder.

Frente a la contradicción de micropoder contra macropoder, toda respuesta que se busque por el lado de la exclusión de uno de los dos polos dialécticos terminará en la frustración.. No hay micropoder sin macropoder y viceversa. ES cierto que todos ejercemos y sufrimos poder, ¡ vaya novedad!. Pero si nos quedamos solo en los micropoderes, en las redes de micropoderes en los que se desarrolla la potencia, las grandes corporaciones estarían muy agradecidas. Tendrían la mesa servida.

El desarrollo de los micropoderes, de los grupos pequeños como espacios de realización y potenciación de los sujetos es absolutamente necesario. Nunca tendremos una nueva sociedad, nuevos hombres y mujeres si no lo hacemos en el camino de transformación de la sociedad. Pero si esta no se transforma terminará aplastando las hermosas realizaciones en pequeño. ES lo que pasó a las primeras comunidades cristianas, que con su construcción de redes minaron el imperio , pero este pudo rehacerse y vengarse cruelmente, transformandolas en grupos en los que se reproducían sus contradicciones y alienaciones.

Los pequeños o grandes grupos, los movimientos de trabajadores desocupados, de piqueteros, las asambleas barriales, los organismos sociales, los de derechos humanos y tantos otros están insertos en la totalidad de una sociedad que políticamente se condensa en el Estado. Totalidad y parcialidad, el todo y las partes son momentos dialécticos inescindibles. El olvidarlo y esconder la cabeza en la arena como el avestruz siempre se paga muy caro.

Esa claro que el trabajo debe ir siempre de lo pequeño a lo grande, de la base a la cima, pero la andadura no puede ser rectilínea sino dialéctica. Ni saltar directamente al cuestionamiento de las políticas del FMI, olvidándose o dejando de lado las reivindicaciones concretas de todos los días, ni quedarse en estas, dejando de lado las macropolíticas.

El poder no es una cosa, no es un objeto, no se encuentra en algún lugar como puede ser la Casa Rosada o el Comando del Ejército. El poder esta constituido por las relaciones sociales, lo cual significa que se construye. Construir nuevas relaciones sociales, nuevas maneras de reconocernos, es construir poder, nuevo poder. Es evidente que sólo se puede hacer desde lo pequeño a lo grande, desde la base hacia la cima, pero no en forma lineal. La cima existe, actúa y lo hace de una manera persistente, y muchas veces brutal.

Ello significa que la respuesta no puede estar solo en los núcleos pequeños o grandes y en sus redes, sino que se requieren respuestas mayores. Es necesario abrir el espacio, el macroespacio, para lo cual se necesitarán estructuras, instrumentos políticos nuevos.

Sociedad civil versus sociedad política

"Que se vayan todos, que no quede, ni uno solo" Grito potente que desde las jornadas del 19-

20 de diciembre de 2001 resuena en todas las movilizaciones y escraches.

Es fácil leer en ese grito un rechazo visceral, como apuntaba, al neoliberalismo conservador que se realizó a través de ajustes, privatizaciones, flexibilizaciones laborales y demás calamidades que, desde la infame década menemista asolaron nuestra sociedad.

Hasta allí la consigna nos resulta clara. El problema se complica y la claridad comienza a oscurecerse cuando se quiere llevar a la práctica o, en otras palabras, cuando a esa utopía se la quiere transformar en proyecto. El "todos" involucra a todos los políticos, a todos los funcionarios que tuvieron o tienen alguna participación en las estructuras del estado desde la década del 60 para acá. Se encarna de una manera especial en "los políticos", en la denominada "clase política", porque se la ve como responsables directos del monstruoso saqueo al que ha sido sometido el país. Hoy no solo se hace política, sino que se habla de ella, se discuten los temas políticos, pero se busca una nueva manera de hacer política que no tenga nada que ver con la conocida.

Esta escisión entre lo social y lo político, la sociedad civil y el estado, ha dado origen a una teorización que de hecho, fundamenta y legitima dicha escisión. Lo hace mediante la distinción entre política y gestión, negación de que esta última sea política. De esta manera la política no sale de la marginalidad. Lo que está aquí en la base es el temor a la contaminación con lo impuro. La política sería el ámbito de lo puro, lo contestatario.

Es un dicho que pertenece al sentido común de lo popular, que se presta a la manipulación que "el poder corrompe". Para confirmarlo basta pasar una rápida lista a una serie de los que fueron "compañeros" y que ahora se encuentran del otro lado. Dejando de lado la "utopía" para aferrarse a la "realidad". Por otro lado, la década menemista fue un verdadero florilegio de "corruptos" en el poder.

Cuando el pensamiento pretende salir de los carriles dialécticos y pretende aferrarse a la realidad con el entendimiento que todo lo fija y abstrae, acepta sin más ese lugar común y apuesta a construir al margen del poder, a ser puramente contestatario, a permanecer en el "contrapoder" y la "contracultura".

De esa manera, la política que se pretende revolucionaria o algo parecido, se contrae expresamente a la marginalidad. Los megapoderes agradecidos.

Es cierto que el poder corrompe, pero también transforma; oprime, pero también libera; construirse como sujeto es construir poder, la relación intersubjetiva es siempre dialéctica, dominador-dominado, señor-siervo o, en otras palabras, "relación desigual". Si fuera "igual" ya no se movería, la historia habría terminado. Relación desigual en camino hacia la igualdad o superación nunca lograda plenamente, pero siempre acercable.

Autonomía versus partidos políticos

Las asambleas surgen de la movilización del 19-20 de diciembre con una vocación de autonomía muy fuerte. Desde el primer momento las asambleas se pensaron autónomas, autoconvocadas, soberanas, horizontales, alérgicas a todo partido político y, en general, a toda organización que desde otro lugar pretendiese injerencia o determinación sobre ellas.

En un movimiento lógico, los partidos de izquierda, que siempre fueron marginales en la política nacional, interpretaron que allí se encontraba su lugar natural de acción política y se largaron a participar activamente, como ya acontecía en los movimientos de desocupados. Como consecuencia de ello se producen contradicciones en dos niveles. El primero: el de las asambleas como movimientos autónomos en contra de los partidos, que introducirían la heteronomía en cuanto los mandatos vendrían de los partidos. El segundo: la de los partidos entre sí, luchando por la hegemonía en el espacio de las asambleas.

A los partidos de izquierda que históricamente han peleado su pequeño espacio en la marginalidad, esperando el momento que finalmente la historia les dará la razón, porque ellos

son las vanguardias poseedoras de la verdad de la historia. De esta manera, su ideología conforma una pantalla que no le permite captar la novedad que presentan los acontecimientos históricos, novedad a la que siempre estuvo atento el que debiera ser su referencia teórica fundamental, el cual, frente a la novedad para su teoría representaba el "populismo" ruso, no se cerró en su teoría, sino que se entregó a estudiar el fenómeno "nuevo" para él.

La dialéctica de esos partidos, con débil inserción popular, los lleva a la necesidad por una parte, a participar en el espacio de las asambleas considerándolas como una expansión de la política decidida por el partido y, por otra, a participar en movilizaciones con la mayor cantidad de banderas posibles, de manera de aparecer como el partido más convocante.

Perspectivas

Los diversos actos que se realizaron el primero de mayo dibujan un mapa posible de la evolución posterior de las asambleas. En todas las asambleas el tema fue debatido y se tomaron opciones diversas nindicativas de las divergencias existentes. En estas divergencias mucho tienen que ver los partidos de izquierda intervinientes como el PO, MST, PC .

Hubo asambleas en las que no hubo coincidencias en ir a un solo lugar y se optó por transitar por todas las concentraciones.

Las divisiones ya existen y no se les ha encontrado todavía una solución conveniente. Es de preveer que, como sucede con los movimientos de desocupados también las asambleas se dividirán en aquellas que se encolumnan detrás de determinadas políticas o sindicales y las autónomas que parecen ser la mayoría. Lo más correcto tal vez sea:

Funcionar como una alianza de asambleas que se unen en la lucha, proyectan tareas comunes, objetivos de corto plazo.

Organización de las asambleas autónomas que buscan articularse y se fijan objetivos estratégicos a largo plazo.

Articulación de estas asambleas con otras organizaciones populares autónomas esparcidas por todo el territorio nacional.

La pretendida extinción del estado

En todos los proyectos de estructuración de su proyecto teórico Marx coloca al estado como momento de condensación de la sociedad y al mercado mundial como condensación de los diversos estados. Lamentablemente se generalizó la concepción de que para Marx el estado era un simple instrumento de dominación en manos de la clase dominante. Hoy, desde ángulos opuestos se expande la concepción de que el estado ha terminado. Ello es predicado tanto por el neoliberalismo fundamentalista, para el cual los tres mundos han desaparecido como por los autores del "imperio", como superación del imperialismo.

Desde las usinas neoliberales, predicada aquí por comunicadores sociales como Neustadt y Grondona, se nos ha transmitido hasta el cansancio de que el estado era el culpable de todos nuestros males. Era necesario, pues, eliminar el estado, achicarlo hasta su mínima expresión. Dejar libre a las fuerzas del mercado a los "flujos" que atraviesan todas las sociedades dirían Deleuze, Guattari y Negri.

Menem y sus asociados se entregaron con fervor militante a la tarea de dismantelar el estado, el cual dejó de existir. La consecuencia no fue precisamente que nuestros males cesaran, sino todo lo contrario. Corporaciones españolas, norteamericanas y otras se lanzaron sobre la presa. Detrás de ellas los estados "inexistentes" de España y Estados Unidos, por citar a los dos que más intervinieron, pusieron toda su influencia para que sus corporaciones fuesen las

mas favorecidas.

Es evidente que las funciones que cumplen los estados han variado. En Europa se ha formado la denominada Unión Europea que, sin duda, cumple algunas de las funciones que antes corrían por cuenta de cada uno de los estados, pero éstos están lejos de desaparecer. Promueven políticas, subsidian determinados productos. Si fuese cierta la desaparición o no importancia de los estados no se explica la preocupación por el avance de la ultraderecha manifestada en la última votación francesa. La globalización que sería la encargada de hacer desaparecer el estado esta impulsada por las empresas transnacionales, especialmente el FMI, el BIRD, la OMC y los estados fuertes como USA, Japón y los estados fuertes que forman la Unión Europea. En ellos se concentran las empresas más grandes del mundo. "El estado-nación" y las empresas que funcionan en relación con estas naciones-estados son ahora más fuertes que nunca. Estados y multinacionales funcionan en una relación sinérgica (PG p.27). Desde esos centros de poder se nos baja el mensaje de la desaparición de los estados que constituyen un estorbo para su crecimiento.

Desde el otro ángulo quienes sostienen la finalización del imperialismo, sustituido por el imperio, llegan a una conclusión semejante. Para ellos el imperio ya no tienen ningún afuera. Todo se encuentra en su interior, de manera que los estados desaparecen y ¡ en buena hora! Ya que siempre fueron opresivos. Ya no hay más estados, ningún centro de dominación, sino el imperio al que se contraponen el contraimperio formado por la multitud, no por los pueblos, otra creación de la burguesía. Los pueblos serían una simple "síntesis constituida", es decir, en otros términos, simples objetos, mientras que la multitud sería la "síntesis constitutiva" (Imp.p.p 104-105).

Por ello los palestinos se equivocan cuando pretenden constituirse en estado-nación pues "en cuando la nación comienza a conformar un estado soberano, sus funciones progresistas desaparecen" y Negri cita, con aprobación plena, las palabras de Jean Genet "el día que los palestinos lleguen a institucionalizarse, yo no estaré de su lado. El día que los palestinos constituyan una nación como las demás naciones, yo ya no estaré allí. (Imp.p.110). Apenas se puede creer tal desvarío.

Por otra parte el fenómeno de la globalización produce como contracara la fragmentación. Nunca ha habido tanta fragmentación tanto en el interior de los estados, como entre los diversos estados como en la etapa globalizadora. Ello es así porque en realidad la globalización es la imposición del mercado como un universal abstracto que, al no dialectizarse con los particulares, a los que solo quiere dominar, los fractura. Esta fractura produce el fenómeno que Negri denomina "multitud" que sería el contraimperio.

Bibliografía citada.

Hegel, G.W.F.: Fenomenología del Espíritu
Negri, Antonio : La Analogía Salvaje(Ensayo sobre potencia y poder en B. Spinoza)
Negri, Antonio: Imperio
Petras, James : Globaloney(El lenguaje imperial, los intelectuales y la izquierda)